

MARISA

DIARIO DE UNA EJECUTIVA

Robert Douglas

Copyright © 2024 Robert Douglas

Todos los derechos reservados.

Se reservan todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de esta obra puede reproducirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin autorización expresa de su autor, la infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Código de registro Safe Creative: 2207291697706

Primera Edición: Agosto 2024

Autor: Robert Douglas

Editor Literario: RobertDouglas

Portada: iStock.com/CoffeeAndMilk

Diagramación: Letra minúscula

Corrección ortográfica y de estilo: María J. Barba

Contacto autor: robert@robertdouglaspty.com

Sitio web: www.robertdouglaspty.com

Ciudad de Panamá, República de Panamá.

CAPITULO 1

La vacante

Durante la mañana, llevo a mi hija Ana, de ocho años, al colegio y a continuación me dirijo a la oficina; casi siempre voy retrasada debido al denso tráfico de la ciudad. Entre el estridente bullicio y el caos del tráfico vehicular mañanero de la urbe metropolitana me abro paso para dejar a mi hija en el colegio, en una ciudad totalmente hostil, donde todos luchan por llegar a su destino.

Esta es una parte de la historia de mi vida que quiero compartirles; no será perfecta, pero algo sí les puedo asegurar: que no es aburrida.

—Mira, mami, así me enseñaron en el colegio para que estuviéramos relajados —me explica mi hija sobre los ejercicios de respiración que le enseñaron en el colegio, al verme un poco tensa en el auto por causa del tráfico.

—¡Listo, mi cielo! Y gracias por el consejo. Aquí tienes tu lonchera y la mochila completa. Más tarde te vengo a buscar.

Mi hija estudia en uno de los colegios más exclusivos de la ciudad de Panamá, donde solo asisten hijos de embajadores, ministros, altos funcionarios del gobierno y de personas con un alto nivel adquisitivo.

Tras dejar a mi hija en el colegio me dirijo a la oficina, bastante apurada, y al detenerme en un semáforo ocurre un pequeño incidente: un hombre en una motocicleta pasa de forma

temeraria justo al lado de mi auto, dándole un leve toque al retrovisor y desajustándolo parcialmente, interrumpiendo así mi tranquilidad.

—¡Oiga usted, motorizado! Tenga más cuidado, que acaba de desajustar el retrovisor de mi auto —le increpo tras bajar la ventana.

En ese momento el motorizado se quita el casco, se dirige hacia mí para revisar el retrovisor y aprovecha para acomodarlo en su posición original mientras me contesta:

—¡Disculpe, señorita! No fue mi intención, y además no le ocurrió nada, por lo que veo. Ya quedó arreglado, ¡que tenga un buen día!

—No solo es disculparse, señor, también debe tener más cuidado, y en el futuro evite manejar de forma tan desordenada para no tener este tipo de accidentes.

—Lo tomaré en cuenta, señorita —contesta el motorizado, al mismo tiempo que se coloca el casco y se retira rápidamente en su moto.

—Ese cretino cree que una tiene tiempo para perderlo con accidentes tontos en la calle; aparte de que es muy mayor para andar manejando motocicleta —comento para mis adentros.

Al llegar donde trabajo, se puede observar uno de los dos imponentes edificios donde se encuentra mi oficina, y que alberga la sede principal de Grupo Cybex, ubicado en el corazón del área bancaria de la ciudad de Panamá; se trata de dos imponentes edificios de cuarenta pisos, con un diseño moderno y totalmente

revestido con enormes muros cortina de vidrios en toda su fachada externa, que reflejan la luz del sol durante la mañana creando un hermoso efecto multicolor en ambas edificaciones. Desde afuera se puede contemplar el bello contraste del cielo con las hermosas nubes en los días despejados, reflejándose en ambos edificios un auténtico espectáculo visual que lo convierte en un verdadero icono del poder corporativo.

Yo tengo un poco más de cuatro años de trabajar en uno de esos dos edificios, y recién hace algunos meses fui ascendida a la Gerencia Ejecutiva. Todas las mañanas me espera mi asistente, Vicky Olarte, llena de energía y con muchos documentos para revisar y firmar, y sobre todo con un buen café; no solo es mi asistente, también es la persona que aguanta todos mis malos humores y con quien me desahogo cuando estoy estresada; alguien que me escucha y me aconseja. La verdad, ella es mi equilibrio total en la oficina.

—¡Buenos días, jefa! Es tarde y tenemos algunas reuniones programadas para hoy en la mañana, también algunas entrevistas con los aspirantes al puesto de coordinador de correspondencia interna.

—Nunca he entendido, Vicky, por qué utilizan ese término para el puesto cuando realmente es de un simple mensajero interno. Para mí, solo lo hacen sonar más ejecutivo, cuando sabemos que no tiene mayor función ni relevancia... Tampoco entiendo por qué Rodrigo, de recursos humanos, no realiza las entrevistas.

—Bueno, jefa, el licenciado Rodrigo solicitó ausentarse por varios días por temas médicos.

Ambas caminan deprisa, atravesando las distintas oficinas y departamentos para llegar a la oficina principal de la Dirección Ejecutiva ubicada en el último piso de Cybex Enterprises, un grupo de empresas con varias oficinas en el exterior que se dedican al manejo de inversiones de negocios y representación de marcas internacionales, bienes raíces, construcción de hoteles y condominios, etc., y entre estas actividades, el sector de bienes raíces es el fuerte de las empresas.

Las oficinas de la Dirección Ejecutiva están finamente decoradas en un ambiente muy cálido y sobrio, y los pisos de mármol les dan un verdadero toque de elegancia con un estilo clásico y una iluminación muy tenue; se trata de un área de trabajo muy exclusiva y silenciosa: apenas unas veinte personas, entre altos ejecutivos, socios y secretarias de la firma están concentrados en este piso.

Su recepción es imponente y se enmarca en el lujo por el mobiliario contemporáneo con una mezcla de estilo clásico, aunado a la sobriedad del lugar. Solo se puede ingresar al piso por medio de una autorización, debido a que únicamente tienen acceso los altos ejecutivos, por ser un área restringida.

—Mire, jefa, voy a organizar las entrevistas dentro de una hora para contratar a alguien lo más pronto posible, ya que tenemos problemas con la correspondencia de documentos

internos, y posteriormente la reunión con el gerente de la sucursal del Banco Grupo Mercantil del Pacífico para la nueva línea de crédito, por lo que tendrá parte de la tarde para organizar la agenda de mañana.

—Me parece bien, Vicky —contesta Marisa algo abrumada.

En la planta baja del edificio, en la elegante recepción general de la empresa, un hombre se acerca tímidamente a la recepcionista.

—Buenos días, este... eh... señorita. Me llamo Juan Meléndez y tengo una entrevista de trabajo a las nueve de la mañana con la licenciada... espere, que se me olvidó el nombre... Olarte. Sí, Vicky creo que se llama, ¡Vicky Olarte!

—Un momento, señor Meléndez, ya me comunico con la licenciada Olarte para confirmar su cita.

Juan Meléndez, un hombre alto de mediana edad y de contextura delgada y atlética, cabello gris platinado, potente voz gruesa y modesto vestir, permanece a la espera de que le confirmen la entrevista para el puesto de coordinador de correspondencia interna de Grupo Cybex.

—Ya puede subir, señor Meléndez. Es al fondo, en los elevadores; el agente de seguridad le marcará el piso donde se entrevistará con la licenciada Olarte, ya que es un área ejecutiva restringida. Colóquese este gafete de visitante y manténgalo visible —le indica la recepcionista al nuevo aspirante al puesto.

Juan Meléndez se siente muy impresionado por las instalaciones de la empresa y la gran cantidad de personas que allí laboran «Es impresionante ver las enormes oficinas y cuánta gente trabaja aquí. Espero que el salario vaya de acuerdo al lugar, porque este lujo no se paga solo, y por lo que veo se debe de ganar muy bien», piensa Juan, que observa perplejo todo su entorno mientras toma el elegante elevador que lo lleva al piso donde se encuentra la Gerencia Ejecutiva.

Al llegar Juan a su destino, se abren ambas puertas del elevador y para su sorpresa una joven bajita de ojos grandes, vestida con un traje negro ceñido a su esbelto cuerpo, saluda a Juan.

—Buenos días, señor Meléndez. Soy Vicky Olarte, asistente de la Gerencia Ejecutiva. El señor Rodrigo, de Recursos Humanos, no podrá entrevistarle en el día de hoy. En su defecto, yo estaré encargada de realizar la entrevista; también me acompañará la gerente ejecutiva para realizar cualquier pregunta que ella necesite hacerle sobre su experiencia, así que acompáñeme al salón de reuniones donde realizaremos la entrevista en un momento, por favor.

—Por supuesto, licenciada Olarte —contesta Juan sin ocultar su impresión de lo finamente que están decoradas las oficinas en el piso ejecutivo del conglomerado.

—Señor Meléndez, pase al salón de reuniones y siéntese aquí mientras llega mi jefa para estar presente en la entrevista; yo, por mi parte, iré revisando su hoja de vida.

La licenciada Olarte, una chica joven de veintiséis años, de baja estatura, cabello largo castaño oscuro y ojos grandes, mira de reojo a Juan mientras revisa su hoja de vida.

—Por lo que leo, usted ha ocupado puestos estratégicos en algunas empresas, según su hoja de vida. ¿Usted está consciente de que está sobrecalificado para el puesto? Se lo comento por el salario, ya que es un puesto sin mayor relevancia; pero nos urge, y para nosotros es vital mantener la correspondencia interna de forma fluida dentro de la empresa.

—Estoy consciente, licenciada Olarte. Sinceramente, mi condición laboral no se encuentra en el mejor momento, pero siento que puedo contribuir mucho a la empresa, ya que soy una persona muy organizada y con bastante iniciativa.

En ese momento, Marisa entra al salón de reuniones con un aire de total superioridad, saluda de forma esquiva evitando mirar al nuevo aspirante y hace un gesto de indiferencia.

—Buenos días.

—Jefa, el señor Meléndez es el aspirante para la vacante del puesto de coordinador de correspondencia interna. Señor Meléndez, ella es la licenciada Marisa Sequeira, directora ejecutiva de Grupo Cybex.

Juan se levanta de la silla en un gesto de caballerosidad, cuando para su sorpresa, descubre que se trata de la joven del incidente del semáforo. Al extender la mano para estrechar la de ella, y para su asombro, Marisa evita en una rápida maniobra estrechársela, con una clara actitud de descortesía, al tiempo que se aleja para sentarse en la cabecera de la mesa de reuniones con un gesto de altanería y prepotencia.

—Disculpe, ¿por casualidad usted es el señor del incidente con la moto en el semáforo?

—Sí, licenciada, soy yo; y nuevamente le reitero mis disculpas.

—Esperemos que esta entrevista no acabe como el incidente de esta mañana... Por favor, Vicky, iniciemos con la lectura de la hoja de vida del señor, ya que tengo una reunión importante en media hora.

Dicho esto, Marisa observa a cada momento su fino reloj con un ademán de poco interés, al tiempo que revisa de forma ocasional una copia de la hoja de vida de Juan.

Vicky procede a explicarle a Juan las condiciones de la vacante y las responsabilidades que conlleva el puesto.

—Señor Meléndez, en esta empresa somos muy estrictos con la puntualidad y la confidencialidad en el manejo de ciertos documentos, al igual que exigimos que de forma eficiente se mantenga el recorrido en los distintos departamentos de las

empresas, por lo que no puede existir margen de error —le explica Vicky, mientras Juan se limita a asentir con la cabeza.

Juan ha quedado muy impresionado con la belleza de Marisa y a la vez se siente intimidado por esa mujer que podría ser su superior máximo. No puede dejar de admirar sus grandes ojos azules, aunque evita mirarla directamente; es como tratar de ver el sol fijamente sin pagar las consecuencias y solo se concentra en escuchar a la licenciada Olarte para no sentirse incómodo por la poca atención que Marisa le pone a la entrevista.

La actitud de Marisa es casi indiferente y a cada momento mira su teléfono móvil sin darle importancia a la reunión, sus pensamientos están en otro lugar y tiempo... Juan solo puede observarla de forma indirecta, ya que intenta mantener la atención sobre Vicky Olarte, que revisa y da lectura a su hoja de vida.

En ese instante, Juan interrumpe a Vicky y Marisa alza la mirada con curiosidad para escuchar atentamente al nuevo aspirante.

—Me gustaría agregar, licenciada Olarte, una propuesta que quiero ofrecerles para que puedan definir si me contratan o no, y es muy simple.

—A ver, señor Meléndez, me gustaría escuchar su propuesta —
interviene Marisa al lograr Juan captar su atención.

—Estoy dispuesto a laborar como prueba durante una semana sin derecho a remuneración alguna; si no están contentos con mi trabajo, suspendemos el tiempo probatorio cuando ustedes lo indiquen. Si les soy eficiente, inicio a la semana siguiente y no tienen que pagarme la semana de prueba. ¿Qué les parece? —expone Juan de forma muy elocuente, aun a riesgo de no ser tomado en cuenta por plantear tan temeraria propuesta.

—Me parece interesante su propuesta, señor Meléndez. Pero, realmente, para nosotros no es importante el ahorrarnos una semana de sus servicios, a pesar de que es una modesta suma de dinero; eso no es problema para nosotros, solo que no podemos estar experimentando con todo trabajador que quiera probar suerte con una vacante. Realmente me gustaría entrevistar a otros aspirantes para evaluar mejor las opciones. Muchas gracias por su tiempo, señor Meléndez, la licenciada Olarte lo acompañará a la salida —finaliza Marisa la reunión en un tono frío y cortante, casi rayando en la arrogancia.

Vicky enseguida se levanta y acompaña a Juan, quien, con un semblante triste, camina hacia el elevador que lo llevará a la planta baja.

—Muchas gracias por la oportunidad, licenciada Olarte, y espero que tomen en cuenta mi propuesta —dice mientras mira directamente a los hermosos ojos de Vicky y esboza una gran sonrisa.

—Gracias a usted, señor Meléndez, por tomarse el tiempo de venir a la entrevista —le contesta Vicky con entusiasmo y coquetería, mientras Juan aborda el elevador.

Vicky se dirige al despacho de Marisa y le pregunta:

—¿Le sucede algo, jefa? De verdad que me pareció muy buena la propuesta del señor Meléndez, y sabe que está sobrecalificado para el puesto. Pero no entendí eso del incidente de esta mañana...

—Te cuento, Vicky: ese señor venía conduciendo en su moto como un loco desquiciado, golpeó y desajustó el retrovisor de mi auto, aunque fue un accidente menor. Él cortésmente se detuvo y se acercó para ver si todo estaba bien y se disculpó conmigo. No es nada personal, Vicky, pero siento que es muy viejo para el puesto. Necesitamos a alguien más joven y dinámico. Sinceramente, no tuve mucha química con él y ya sabes cómo soy y lo especial que me pongo bajo presión en los días difíciles.

—Lo sé, jefa. En un momento voy a seguir entrevistando a otros aspirantes. Quería saber si usted va a estar presente.

—La verdad, no lo creo, Vicky. Tengo muchos documentos que revisar y voy a estar ocupada todo el día. Igualmente me mantienes informada si ves la posibilidad de que contratemos de inmediato a alguien para el puesto —concluye Marisa mientras observa varios documentos acumulados en el escritorio de su oficina.

En la oficina, casi al final de la tarde, Marisa se encuentra hablando por teléfono cuando recibe una visita inesperada.

—¡Hola! ¿Hay alguien aquí? —exclama un hombre joven, alto, buen mozo, con saco, pantalón negro y camisa blanca.

—¡Alejandro! ¿Qué haces aquí? —contesta Marisa con mucho entusiasmo —tenía entendido que regresabas la próxima semana.

Les presento a mi novio, Alejandro de las Casas, hijo del presidente de la empresa para la que trabajo. Gracias a él fui ascendida a la Gerencia Ejecutiva. Nuestra relación es bastante sistemática, no será perfecta, pero me conformo con eso; él es un poco engreído y patán... Bueno, siendo realista, es demasiado en ambos casos, pero tiene su lado bueno y ha sido un verdadero apoyo para mí; nos hemos acoplado muy bien en estos últimos años y pronto nos comprometeremos para casarnos.

—¿Cómo estás, mi bizcochito? Se cancelaron dos reuniones en Suramérica y se reprogramaron para dentro de quince días. Yo me dije que tenía que regresar para resolver unos asuntos aquí y quiero aprovechar para invitarla a cenar hoy en la noche, mi hermosa dama de ojos azules.

—¡Sí! ¡Claro, Alejandro! Tengo que ir a buscar a Ana al colegio y dejarla con mi madre, pero me puedes pasar a buscar al apartamento. ¿Como a las seis te parece?

—Te llamo cuando vaya en camino para recogerte y me esperas en la entrada del edificio, sabes que no me gusta esperar.

—¡Listo, Alejandro! Me llamas cuando salgas del apartamento.

Al momento que se despide de Alejandro, Marisa le da un rápido y corto beso en la mejilla y se aleja apresuradamente para asistir a una reunión con directivos de un reconocido banco.

Al llegar la tarde, Marisa observa su reloj y se da cuenta de que tiene que salir a buscar a su hija al colegio, por lo que sale con rapidez y se encuentra con su asistente Vicky, que le comenta frustrada que ninguno de los aspirantes a los que ha entrevistado reúne el mínimo del perfil solicitado para ocupar el puesto.

—¿Qué hacemos, jefa? ¿Seguimos entrevistando?

—¿Sabes algo, Vicky? Llama al señor ese Méndez, que si puede empezar mañana.

—Juan Meléndez, jefa —la corrige Vicky.

—Sí, ese mismo, Vicky. El loco motorizado. ¡Llámalo hoy mismo! Necesitamos tener a alguien que nos apoye con la correspondencia interna... Vamos a probarlo a ver qué tal, aunque no me voy a hacer grandes expectativas con ese señor y ya conoces mi opinión, pero vamos a darle una oportunidad. Cuando veas que no llena las exigencias lo mandas para su casa; igual le pagas por los días que haya trabajado aquí, no quiero que piense que somos una empresa donde nos aprovechamos de los empleados —finaliza Marisa, no muy convencida de la decisión, al contrario que Vicky, que se siente aliviada y triunfante, ya que

en cierta forma le gusta Juan para el puesto. A pesar de lo poco que lo ha podido conocer, le ha dado muy buena vibra.

—No se preocupe, jefa. Hoy mismo lo localizo y le comunico que mañana empieza su periodo de prueba en la empresa.

—Por favor, Vicky, infórmale al Departamento de Seguridad y a Recursos Humanos para que le suministren un carnet temporal y la tarjeta con los códigos de acceso restringido para que pueda entrar a todos los departamentos. Y lo vas presentando con los jefes de división para el manejo de los documentos internos.

—¡Cuenta con todo eso, jefa! —responde Vicky.

Marisa sale apurada a tomar el ascensor para buscar a su hija al colegio y Vicky se dispone a llamar a Juan.

—Buenas tardes, señor Meléndez. Le habla la licenciada Vicky Olarte, de Grupo Cybex, para notificarle que necesitamos que mañana se presente a la oficina de Recursos Humanos a las ocho de la mañana, en el décimo piso, para que inicie su periodo de prueba laboral con nosotros.

—¡Muchas gracias, licenciada Olarte, por la oportunidad! Mañana estaré puntual en la oficina —exclama Juan sin esconder su entusiasmo por la llamada recibida.

—Tiene que agradecerle a mi jefa, que fue la que tomó la decisión. Usted simplemente dé lo mejor de sí mismo y demuestre que puede con el puesto. Lo espero mañana puntual en recursos humanos.

—Nuevamente gracias, licenciada Olarte. Estaré puntual.

Mientras cierra su teléfono móvil, Juan mira al cielo y da gracias a Dios por no abandonarlo. Después, con una alegría desbordante, se dirige al pequeño apartamento que tiene alquilado, un lugar ubicado en una zona roja cerca de la urbe.

Marisa, un poco apresurada, se dirige en su auto a buscar a su hija y en el trayecto le asaltan algunos pensamientos: «Pronto será mi compromiso con Alejandro, ¿estaré lista para dar ese paso? No es un secreto que los padres de Alejandro no me aceptan por ser madre soltera, y mucho menos por no estar dentro de su círculo social. Tengo tantas dudas que no sé si estoy haciendo lo correcto».

Sus pensamientos son interrumpidos al sentir el bullicio de los estudiantes al llegar al colegio, Marisa aparca su lujoso auto y se baja para recoger a su hija en la entrada; juntas caminan hacia el auto.

—¿Cómo estuvo tu día, Ana? —le pregunta Marisa a su hija al tiempo que acomoda su mochila en el asiento trasero del auto.

—Muy bien, mamá. Solo que siento que un diente se me está aflojando... Ya le dije a la maestra, pero ella me dijo que no me preocupara, que es un nuevo diente que va a salir.

—El viernes te llevaré al odontólogo para que te revise bien y te tome unas placas, ¿de acuerdo?

—Seguro, mami —contesta Ana mientras su madre le aprieta la nariz en señal de saludo.

—Hoy voy a dejarte donde tu abuelita Antonia, que ya debe de estar en casa, para que te quedes con ella y te ayude con las tareas. Voy a salir con Alejandro a cenar esta tarde y pasaré antes de las nueve por ti, Ana; así que te quiero lista, y que mi madre te haya revisado las tareas, ¿okey?

—¿Me puedes llevar un helado cuando me vayas a buscar, mami?

—Mmmm... no lo sé, Ana, sabes que no debes comer helado muy tarde porque te produce pesadillas.

—Solo un heladito pequeñito, mami... —insiste Ana.

Al llegar al apartamento de su madre, Marisa la saluda fríamente.

—Hola, madre. Te dejo a Ana, por favor revisa las tareas que le dejaron en el día de hoy y que no se le olvide ordenar los lápices de colores, que están totalmente desordenados en el maletín.

—No te preocupes, hija, ve y diviértete con Alejandro y me lo saludas de mi parte.

Les presento a mi madre, Antonia. Vive sola en un pequeño apartamento en el centro de la ciudad; no volvió a rehacer su vida después de que nos abandonara mi padre. Cuida ocasionalmente a mi hija cuando tengo que salir en la noche; mi relación con ella es un poco difícil, siempre está

a la caza de saber todo lo que pienso y siento. Ambas chocamos, ya que me gusta mucho mantener mi intimidad.

Marisa sale en su auto para cambiarse en el apartamento. Una vez que finaliza de arreglarse, llama a su novio Alejandro.

—Ya estoy lista, Alejandro.

—Debo de estar llegando en diez minutos para que me esperes abajo en la entrada del edificio, cariño.

Marisa viste un elegante traje rojo que le combina muy bien con su lápiz labial del mismo tono; su cabellera larga le hace un hermoso contraste con el traje. Se ha delineado un poco el contorno de los hermosos ojos azules, resaltándolos aún más; sus hombros dejan entrever varias docenas de diminutas pecas que revolotean en su piel.

Cuando llega Alejandro, en su fino auto deportivo europeo, se baja para abrir la puerta a Marisa, que deslumbra a su paso a todos los transeúntes.

—Te ves endiabladamente hermosa, cariño —le susurra Alejandro al oído.

Cuando llegan al elegante restaurante, son recibidos por uno de los dueños, que les indica que ya tienen una mesa reservada para ambos. Es un lugar muy lujoso y concurrido donde se puede apreciar la sobria decoración de estilo contemporáneo, con grandes paredes llenas de cuadros modernos. Al fondo se puede escuchar a un pianista que toca varias melodías de Mozart,

mientras se oyen las risas y el sonido de los descorchos de botellas de champaña de algunos de los presentes, acompañado de la algarabía de un grupo de personas que celebraban de forma entusiasta.

—¿Quieres ordenar alguna entrada, cariño?

—Sí, Alejandro, pero que no contenga mariscos.

Marisa ojea el menú de aquel lujoso restaurante y en ese momento Alejandro le comenta:

—Teníamos tiempo que no cenábamos juntos, pero ya he conversado con mis padres para delegar algunas reuniones en el extranjero con algún otro ejecutivo y pasar más tiempo aquí en Panamá.

—Me parece bien —le contesta Marisa con un tibio entusiasmo.

—No te siento muy contenta con la noticia, cariño, ¿sucede algo que no me has contado?

—No es lo que piensas... Debes entender que últimamente me he sentido un poco distante a muchas cosas y te confieso que a veces no sé quién soy.

—Te digo algo Marisa, sé que criar a una hija sola y lidiar con las responsabilidades de las empresas de mi padre no es nada fácil, pero tú eres una abogada brillante con un doctorado, que dirige una de las empresas más exitosas del país... Lo tienes todo: seguridad financiera, tu hija estudiando en uno de los mejores colegios, eres una mujer hermosa con un futuro por delante... No

debes dudar sobre quién eres, y menos si me tienes a mí apoyándote.

—Gracias por tus palabras, Alejandro, no hagas caso de lo que a veces te digo.

La velada está dominada por un ambiente bastante frío y distante; Marisa se limita a conversar con Alejandro sobre temas de trabajo, no quiere hablar de sí misma ni de sus sentimientos para no sentirse vulnerable ante él. Finalmente, la velada termina sin mayor trascendencia y Marisa se despide con frialdad para ir a buscar a su hija a casa de su madre.

Al día siguiente Marisa llega más temprano de lo habitual a la empresa y se encuentra al señor Juan Meléndez sentado en la recepción de la planta baja del edificio.

—Buenos días, señor Méndez.

—Meléndez, licenciada, Juan Meléndez —la corrige Juan.

—Disculpe, a veces confundo los nombres cuando tienen cierta similitud, señor Meléndez. Me imagino que está esperando a Vicky para que lo incorpore a sus funciones.

—Es correcto, licenciada.

—Usted no se preocupe, que ella debe de estar por llegar en cualquier momento —contesta Marisa al momento que se despide de forma rápida al recibir una llamada en su teléfono móvil.

Minutos después, Vicky Olarte llega a la recepción y se lleva a Juan para suministrarle su credencial y la tarjeta de acceso a las oficinas, para posteriormente presentarlo con los distintos jefes de departamentos.

—Es muy sencillo, Juan, y disculpe que lo llame por su primer nombre, pero me siento más cómoda. Preste mucha atención: hay que tener todos los documentos bien organizados y llevarlos por recorrido a cada departamento para darles seguimiento hasta que lleguen a la Gerencia Ejecutiva, donde la licenciada Sequeira les realizará una revisión final para que estén listos para la firma de los clientes —le explica Vicky mientras caminan por los pasillos de los diferentes pisos de las oficinas mostrándole a Juan los distintos departamentos.

—Mire, Juan, le presento a Elizabeth Velarde. Ella es la coordinadora del Departamento de Análisis Legal, y es donde inicia todo el trámite de los documentos.

—Mucho gusto, Elizabeth. —Juan estrecha la delicada mano de la encargada del departamento.

—Mucho gusto, Juan. Bienvenido a Grupo Cybex. Cualquier duda que tenga, puede consultarme con confianza; y si no está Vicky, yo puedo apoyarle en lo que usted necesite —saluda la esbelta y curvilínea joven a Juan con coquetería.

—Muchas gracias, Elizabeth. Espero estar a la altura del equipo de trabajo.

Mientras ambos se alejan por el pasillo, Juan puede notar que Elizabeth lo mira de reojo mientras camina junto a Vicky.

—Tenga mucho cuidado con Elizabeth, a ella le encanta la gente nueva —le aconseja Vicky con disimulo.

—Lo tendré presente, licenciada Olarte.

—Este será su escritorio, Juan.

Vicky le señala un pequeño escritorio al fondo de una reducida oficina que se encuentra al final del pasillo, justo al lado de la cafetería.

—Gracias, licenciada. Por lo menos no tengo que caminar mucho a la hora del almuerzo —ríe Juan.

—¡Usted es ocurrente, Juan! Bueno, me tengo que ir —se despide Vicky mientras alguien a lo lejos le indica que tiene una llamada—. Para cualquier cosa, sabe dónde encontrarme, Juan. Hasta pronto.

Juan procede rápidamente a revisar varios expedientes dejados en su escritorio. «Bueno, es hora de ponerse manos a la obra», piensa al instante que ojea algunos documentos y enciende la computadora.

Mientras tanto, Marisa se dispone a entrar a una reunión ejecutiva para presentar los estados financieros con el presidente de la empresa y otros ejecutivos allí presentes.

Les presento a mi futuro suegro y también mi jefe directo, don Adolfo de las Casas, presidente de Grupo Cybex, padre de

Alejandro; alto, delgado, con su cabello blanco y modesta barba, y de elegante vestir con finos trajes de modistos europeos. A pesar de su edad, se mantiene muy activo. Mi relación con él es bastante regular, aunque estoy segura de que no soy lo que él quería para su hijo, y más siendo madre soltera, sobre todo sin contar con un ilustre apellido.

En la reunión de la empresa también se encuentran la doctora Regina Duarte, vicepresidenta del Departamento de Finanzas y sobrina de don Adolfo, un abogado del departamento legal y un contador.

—Buenas tardes, señores —saluda Marisa a los presentes en la reunión mientras entra al gran salón de juntas.

En ese instante don Adolfo, presidente de Grupo Cybex, toma la palabra y se dirige a los presentes.

—Buenos días a todos y gracias por asistir a esta reunión convocada por nuestra vicepresidenta de Finanzas, Regina Duarte, en el día de hoy. La reunión tiene como finalidad que nuestra gerente ejecutiva nos sustente los informes del último trimestre. Tengo que señalarle, Marisa, que estos balances nos arrojan un descenso negativo. ¿A qué se debe esta situación? —pregunta don Adolfo con gesto de preocupación.

—Le explico, don Adolfo: tenemos ocho renovaciones de contratos en las próximas tres semanas y algunos clientes están aumentando la cobertura hacia otros países —responde Marisa en un tono muy firme y seguro—. Aun así, este descenso es

positivo, ya que el próximo trimestre contaremos con nuevos contratos y, de forma retroactiva, se harán los pagos atrasados con un aumento significativo al expandir la línea de negocios hacia otros países como nichos para la apertura de nuevos mercados.

—¿Qué garantía hay de que se reconozca el aumento dentro de la renovación de los contratos con el retroactivo? —pregunta Regina en un tono muy suspicaz, interrumpiendo a Marisa.

—Ya está contemplada, dentro de las condiciones de los nuevos contratos, una cláusula de acuerdo de pago —responde Marisa de forma automática y con total seguridad—, también quería agregar que ya tenemos la aprobación de la franquicia de hoteles Bella Perla y estamos viendo la adquisición de los terrenos con nuestro socio estratégico para la construcción del hotel el próximo año. Solo falta la aprobación del financiamiento con los bancos e inversores privados y terminar con los trámites habituales —finaliza Marisa, muy segura de su exposición ante don Adolfo y con una mirada triunfal por haber sustentado de forma satisfactoria los cuestionamientos.

—¡Excelente, Marisa! —interviene don Adolfo muy efusivo mientras ojea los informes de los balances financieros.

En ese momento Regina Duarte levanta la mano para realizar una consulta adicional.

—Licenciada, tengo una consulta sobre el tema de los contratos a renovar: me gustaría saber si ya contamos con el aval

de los clientes. Recuerde que, mientras no tengan la firma de los representantes de las empresas, solo serían un montón de documentos vencidos, y ellos estarían a disponibilidad de buscar otra empresa que los represente.

—Casualmente estoy por trabajar hoy mismo sobre esos contratos, doctora Regina —le contesta Marisa con incomodidad.

—¿En qué tiempo podrá tener un informe de situación de esos contratos con el aval de los clientes?

—Ya eso está adelantado y al final de esta misma semana les tendré listo el informe con los borradores de los contratos a renovar, para que ustedes lo revisen y procedan a emitir el visto bueno y podamos enviarlos a los clientes para su firma.

Disculpen, queridos lectores, se me olvidaba comentarles sobre Regina Duarte, sobrina de don Adolfo y vicepresidenta de Finanzas de Grupo Cybex. Es odiosa y mucho más altanera que yo. Mi relación con ella es conflictiva; vive permanentemente en la búsqueda para encontrar cualquier falla mía y así poder dejarme mal ante su tío, don Adolfo... Aún no me perdona que me nombraran a mí en el puesto de la Gerencia Ejecutiva que debió corresponderle a ella, ya que su familia tiene una importante participación accionaria en la empresa. Es una mujer amargada y soltera a pesar de sus cuarenta años.

—Me parece muy bien, Marisa —interviene de nuevo don Adolfo—. Quedamos a la espera del informe y borradores de los contratos, por lo que propongo reunirnos la próxima semana para revisarlos en conjunto. Ahora damos por terminada esta reunión.

Don Adolfo aprovecha para conversar con Marisa mientras caminan por el pasillo hacia el ascensor.

—Estás haciendo un excelente trabajo, Marisa, pero te aconsejo que estés siempre un paso adelante como buena ejecutiva; debes entender que mi sobrina siempre tendrá dudas de ti, aunque realices bien tus funciones.

—No voy a decepcionarle, don Adolfo, y siempre estaré agradecida por la confianza que usted ha depositado en mí.

Don Adolfo toma el elevador en compañía de su chofer mientras Marisa lo observa con una profunda admiración; en ese momento se tropieza con Vicky en el pasillo.

—¡Hola, Vicky! Necesito que me alcances en mi oficina lo más pronto posible, tenemos mucho trabajo por delante y necesito de tu total apoyo para resolver el tema de los contratos.

—No se preocupe, jefa, dejo estos documentos en recursos humanos y estaré en cinco minutos en su oficina.

Mientras Juan Meléndez se encuentra armando los archivos de los expedientes de cada contrato, recibe la llamada de Vicky:

—Hola, Juan. Necesito los expedientes y contratos en la oficina de la jefa en cinco minutos para ver el estatus de cada uno.

—Cuenta con ello, licenciada. Casualmente estaba terminando de ordenarlos.

—Le espero en la oficina de la jefa.

—Allí estaré, licenciada Olarte.

—¡Hola, jefa! —saluda Vicky al llegar a la oficina de Marisa— ¿Cómo le fue en la reunión ejecutiva con el jefe mayor y Regina?

—Qué puedo decirte, Vicky... Me fue bien y mal a la vez — responde mientras se pasa las manos por la cabeza con gesto de preocupación—. La sobrina de don Adolfo me cuestionó sobre los contratos que aún no se han renovado y sabía que si dilataba más ese tema quedaría como una verdadera inepta, por lo que me comprometí a tenerlos listos al final de la semana.

—¿Final de la semana, jefa? Eso significa que solo nos quedan cuatro días... Y revisarlos de forma individual toma mucho tiempo —exclama Vicky preocupada.

—Lo sé, Vicky. Pero no me atreví a darle una fecha muy distante para que no sospecharan que los documentos aún no están revisados del todo. Por eso accedí a darles una fecha próxima.

En ese instante la secretaria de Marisa, la señora Luz, le avisa que Juan se encuentra afuera esperando a ser atendido.

—Que pase, señora Luz.

Juan entra a la oficina de Marisa y saluda.

—Muy buenas y disculpen. Aquí traje los documentos que solicitó, licenciada.

—Tome asiento, Juan, mientras decido con la jefa cómo resolveremos este tema de la revisión de los contratos.

—Sí, licenciada, yo espero aquí sentado a las próximas indicaciones.

Juan, sentado cómodamente, observa desde el sofá de cuero el inmenso y fino escritorio de Marisa. Al fondo observa la hermosa vista a través de los muros cortina de vidrios, que ofrecen una panorámica espectacular de la ciudad. Con disimulo mira a Marisa, que está concentrada revisando los documentos con su asistente y se dice para sus adentros: «Qué hermosa mujer, exitosa, bonita, profesional... Lo tiene todo a su alcance, aunque en el fondo se nota que no es completamente feliz». En ese instante, Marisa se dirige a ellos y Juan sale de sus pensamientos.

—Vicky, solicita a los licenciados Benítez y Rodríguez para reunirnos en el salón de reuniones principal. Y Juan, lleve los contratos y expedientes también a la reunión.

—Perdone, pero ¿dónde está ubicado el salón de reuniones principal? —pregunta Juan con un tono de ingenuidad.

—¿Cómo es posible, señor Meléndez, que aún no sepa dónde está ubicado? Por favor, Vicky, acompáñalo y llévalo para que lo ilustre dónde se encuentra el salón de reuniones principal y yo los

alcanzo en un momento —finaliza Marisa con cierto tono de fastidio.

—Vamos, Juan, yo le ayudo con los expedientes —se ofrece Vicky y salen ambos de la oficina.

—Gracias, licenciada. ¿La jefa está de mal humor hoy? —le pregunta Juan mientras se dirigen al pasillo.

—En absoluto, Juan, es solo que tiene mucha presión. Por lo general es muy buena gente, pero lamentablemente le ha tocado a usted conocerla en plena tormenta.

—Entiendo... Pero por lo poco que la he tratado tengo la impresión de que es una mujer que está siempre estresada.

—Estresarse es parte de su trabajo, Juan, y por eso le pagan muy bien.

Antes de ir a la reunión, Marisa se dispone a llamar a su madre.

—Necesito que me hagas un favor, madre: que recojas a Ana del colegio y te la lleves contigo. Yo pasaré más tarde a recogerla al apartamento. Hoy tendré que quedarme un poco tarde en la oficina.

—No te preocupes, hija, me llamas cuando vayas a venir por ella para tenerla lista.

Al momento que cierra la llamada le entra automáticamente una nueva llamada.

—¿Cómo estás, bizcochito?

—Hola, Alejandro —contesta Marisa en un tono bastante lacónico.

—Mi papá me contó que te fue muy bien en la reunión... Te llamaba para que vayamos a un nuevo restaurante que acaba de inaugurar un amigo de la universidad.

—Lo siento, Alejandro, pero no puedo acompañarte. Tengo demasiado trabajo en la oficina y debo entregar unos informes esta misma semana; será imposible que podamos salir, amor.

—Entiendo, bizcochito. No te preocupes, el trabajo es primero; te llamo mañana, o quizás pase un momento para saludarte y darte un beso de suerte.

—Sí... Nada me haría más feliz que un abrazo y un beso tuyo, amor —contesta Marisa, aunque sabe que su respuesta es solo automática.

Vicky entra en la oficina al tiempo que Marisa cierra la llamada.

—Estamos todos listos en el salón de reuniones, jefa.

—Excelente, Vicky. Te comento algo de ese tal Juan: lo veo muy lento y me imagino que es por la edad; por eso insistía en que este puesto debería ser para alguien relativamente joven.

—Bueno, jefa... es su primer día de trabajo. Pienso que hay que darle oportunidad de que se acople al ritmo de la oficina. — Vicky sale al paso en defensa de Juan.

—Estoy de acuerdo contigo, Vicky. Pero no tengo mucho tiempo para esperar a que se acople; y la verdad, no le tengo

mucha fe, a pesar de que siempre despliega una sonrisa para todo.

—No se preocupe, jefa, todos cuando llegamos al primer día de trabajo estamos bastante cuidadosos por cumplir todo a cabalidad, pero con el tiempo ya nos relajamos y nos desenvolvemos mejor.

—Tienes razón, vamos a darle tiempo y si no funciona te encargas de despedirlo y buscar a otro en su reemplazo, pero mucho más joven.

—Como usted diga, jefa.

Al momento que entran al gran salón de reuniones, Marisa se sienta con un gesto de altanería en la cabecera de la imponente mesa de conferencias en compañía de los dos abogados de la empresa y de Juan, que se sienta junto a Vicky en el lateral derecho.

—Buenas tardes, licenciados a excepción del señor Meléndez —saluda Marisa iniciando la reunión—. Como ya les habrá comentado la licenciada Olarte, necesitamos hacer una revisión integral de todos estos contratos, aunque ya fueron revisados preliminarmente, y requerimos hacerles algunas adecuaciones en varias cláusulas. El señor Meléndez, aquí presente, es nuestro coordinador de mensajería interna y debe estar presente para que tenga una idea de lo que estamos hablando, ¿es así, señor Meléndez?

—Correcto, licenciada Sequeira. Y aprovecho la oportunidad para comentarles que me tomé el atrevimiento durante la mañana de realizar un cuadro con las fechas de emisión y firma de los contratos, con el vencimiento de cada expediente, todos totalmente ordenados de forma cronológica. Al final del cuadro a la derecha pueden ver las observaciones en el caso de los contratos que van a sufrir cambios en algunas cláusulas. Esto lo hice con el objetivo de tener un resumen de los contratos que necesitan complementarse con cambios en las cláusulas, y los que solo se renovarán de forma automática.

—Una pregunta, señor Meléndez, ¿de dónde sacó usted la información de cada contrato sin tener que revisar todo el expediente? —le pregunta Marisa en un tono que delata sus dudas.

—Muy buena pregunta, licenciada Sequeira.

Mientras Vicky observa la escena con preocupación, la asaltan varios pensamientos: «Creo que hoy es el primer y último día de Juan aquí en la oficina... Para empezar, la jefa lo cuestiona por tener la iniciativa que los abogados de la empresa no tuvieron... ¡Ay, Juan!, en este caso no puedo ayudarte. A ver si sales bien librado de esta situación».

—Si me permite, licenciada Sequeira, con mucho gusto le explico cómo llegué a la conclusión por cada contrato —replica Juan mientras mira con mucha seguridad a Marisa y a los abogados presentes.

—Me gustaría que nos explicara, señor Meléndez —contesta Marisa con una sonrisa retadora mientras cruza los brazos desde su cómodo asiento.

—Antes que nada, cada contrato cuenta con un documento al final que es un resumen actual, y en base a esa información pude hacer un cuadro con las condiciones actuales de cada contrato. Tomé los anexos anotados al final de cada uno de ellos y los anoté en el espacio de las observaciones.

—Me disculpa usted, señor Meléndez —interviene en ese momento el licenciado Rodríguez—, pero tengo entendido que usted apenas recibió esos contratos hoy en la mañana para ordenarlos... Son ocho contratos, ¿cómo, en tan poco tiempo, pudo realizar un análisis tan rápido de los mismos?

Mientras conversan, Marisa revisa de forma minuciosa el cuadro que Juan ha realizado con las observaciones y verifica algunos documentos.

—Perdone, licenciado. Acabo de revisar dos contratos al azar y la información que el señor Meléndez registró en las observaciones, al igual que las fechas e información general, son correctas —expone Marisa al tiempo que Vicky dibuja en su rostro una leve sonrisa triunfal y, mientras tanto, Juan asevera con un gesto de aprobación.

Juan retoma la palabra nuevamente dirigiéndose al licenciado Rodríguez.

—Sobre su curiosidad, licenciado Rodríguez, yo de joven tomé un curso de lectura veloz; puedo leer documentos de forma comprensiva en un tercio del tiempo que les toma a otros, y por eso pude revisarlos con tanta rapidez. Claro que puede tener errores, ya que por la premura de traer los documentos a la reunión no tuve el tiempo suficiente para revisar nuevamente el cuadro. Igualmente les traje unas copias para que cotejen la información.

Marisa observa a Juan y cómo explica con un dominio total y con una excelente precisión las condiciones de los contratos, a pesar de que solo debuta en su primer día de trabajo en la oficina como mensajero interno.

—¡Excelente trabajo, señor Meléndez! Para ser su primer día en la empresa lo ha hecho muy bien, puede regresar a su oficina.

—Gracias, licenciada Sequeira, por la oportunidad; y a ustedes también, señores abogados. Pueden contar conmigo para cualquier apoyo que necesiten.

—Una pregunta, señor Meléndez: ¿usted es abogado? —pregunta el licenciado Benítez, que se había mantenido callado durante toda la reunión.

—No lo soy, licenciado. Lo que he aprendido ha sido de forma autodidacta, a través de la experiencia que he tenido trabajando con otras empresas.

—Entiendo, señor Meléndez. Gracias por el apoyo brindado.

El licenciado Benítez le estrecha la mano, mientras que el licenciado Rodríguez observa sin estar muy convencido.

—Hasta pronto a todos, y nuevamente gracias por la oportunidad —se despide Juan para retirarse del salón de reuniones.

—Hoy necesito que uno de los dos se quede trabajando conmigo para revisar cada contrato, ya el señor Meléndez nos hizo el trabajo más fácil al resumirlo en este cuadro —se dirige Marisa a los dos jóvenes abogados.

—Lamentablemente no puedo quedarme, licenciada Sequeira, tengo el tema de la operación de mi madre y debo estar esta noche con ella —explica el licenciado Benítez.

—¿Y usted, licenciado Rodríguez?

—Eh... bueno... Sí, claro, licenciada. El único problema es que no puedo quedarme más allá de las siete de la noche, ya que tengo un compromiso y me es difícil poder cancelarlo.

—Bueno, licenciado Rodríguez y Vicky, cuento con el apoyo de ustedes para revisar los contratos.

—Jefa, ¿y si le pedimos a Juan que se nos una? Ya que con eso de la lectura veloz puede ayudarnos.

—No es mala idea, Vicky; aparte de que ya él conoce un poco los contratos. Habla con él, a ver si está disponible para quedarse hasta tarde trabajando con nosotros en la oficina.

—Estoy segura de que podrá, jefa, por ser su primer día de trabajo.

—Tampoco abuses de él, igualmente explícale que ese tiempo adicional se le compensará con algún día que necesite tomar libre; no quiero que piense que somos una empresa que explota a sus trabajadores.

Al momento que se retiran todos del salón de reuniones, Vicky se dispone a comunicarle a Juan con entusiasmo que se incorporará a la mesa de trabajo para la revisión de los contratos.

—*iHelloooo!* ¡Felicitaciones, Juan! Dejaste impresionada a la jefa y quiere que nos acompañes a la mesa de revisión de los contratos con el licenciado Rodríguez.

—¿En serio, licenciada Olarte? —exclama Juan al momento que lee en el brillo de los ojos de Vicky su entusiasmo.

—La misma jefa me solicitó que te consultara si contabas con disponibilidad para quedarte hoy con nosotros.

—Por supuesto, Vicky; solo déjame cancelar una cena con un ministro que tenía programada para hoy en la noche —bromea Juan.

—¡Ja, ja, ja! Qué loco eres. A pesar del poco tiempo de conocerte, me caes muy bien —le contesta Vicky con cierta coquetería mientras lo mira fijamente a los ojos.

—Usted a mí también, licenciada Olarte, y gracias por todo el apoyo que usted me brinda.

En ese momento, sus miradas se cruzan en un leve coqueteo.

—Lo esperamos dentro de una hora en el salón de reuniones, señor Meléndez.

—Allí estaré.

Mientras Vicky se retira, Juan no puede dejar de observarla y piensa: «Tengo que reconocer que la licenciada Olarte es muy linda y tiene cierto encanto. Aparte de que ella me ha ayudado desde el primer día que vine a la entrevista... Muy diferente a su jefa, que es una mujer extremadamente fría y arrogante. Bueno..., debo dejar de pensar en tonterías e ir preparándome para trabajar en equipo».

Varias horas después, se encuentran todos reunidos revisando los contratos, mientras Marisa supervisa la revisión de cada documento.

—Lo siento, jefa, pero tengo que irme —le indica Vicky a Marisa cuando comprueba en su reloj que ya es entrada la noche—. Usted sabe que tengo que estar pendiente de mi hija, Elena, que se encuentra sola con la vecina en casa.

—Igualmente yo también me retiro —comenta el licenciado Rodríguez mientras se levanta y mira su reloj—. Ya casi son las siete de la noche.

—Yo me quedaré un poco más aquí con el señor Meléndez para terminar de revisar los contratos faltantes. Hasta mañana, y gracias por todo el apoyo. Siento que hemos avanzado bastante.

Al quedarse sola Marisa con Juan aprovecha para comentarle con un inusual sarcasmo:

—Me avisa si tiene que irse, señor Meléndez, a atender a su esposa, hijos o nietos.

—Disculpe, licenciada Sequeira, pero aún no tengo nietos y mis dos hijos viven en el extranjero. Yo estoy divorciado y vivo solo, por lo que no hay nadie que me espere en casa, a excepción de unos peces a los que doy de comer en la noche.

—No era mi intención, señor Meléndez... Disculpe si me malinterpretó, no era necesario que me resumiera su estatus personal.

—No se preocupe, licenciada.

—¿Desea que pida algo para comer, señor Meléndez?

—No sé qué pedir realmente, licenciada..., Bueno, me siento antojado de una pizza hawaiana, pero para compartirla entre ambos, ya que no como tanto.

—Le soy honesta, señor Meléndez: nunca he probado una pizza hawaiana; tengo entendido que son trozos de piña con jamón. En cambio, mi hija sí la ha comido en los cumpleaños de sus compañeritos del colegio; pero no me llama la atención —responde Marisa con un gesto de aversión.

—Debería probarla, licenciada. Ese dulcito con el salado del jamón le dan un toque único, y la combinación del queso mozzarella es deliciosa... Hay una pizzería muy buena aquí cerca; si me autoriza, la ordeno para que la traigan lo más pronto posible.

—Está bien, puede pedirla, pero creo que solo probaré un trozo y si no me gusta, se la dejaremos al seguridad del edificio.

—Como usted guste, licenciada.

Mientras ambos revisan los documentos, Marisa observa de reojo a Juan con audacia, como tratando de descifrar a ese enigmático personaje, y piensa: «¿Realmente quién eres, Juan Meléndez? Desde el primer día no tuve química contigo, y hoy me ha sorprendido tu iniciativa dejando en ridículo a mi equipo legal, eres tan enigmático y fascinante a la vez que no voy a negar que hay algo en ti que me despierta cierta curiosidad».

En ese momento, Juan nota que Marisa lo observa con detenimiento.

—¿Algún problema, licenciada?

—Disculpe... No, nada... Solo que veo que ya casi tenemos la mitad bastante adelantada del trabajo y de verdad que me siento muy agradecida con su apoyo —contesta Marisa con cierto nerviosismo.

—El agradecido soy yo por la oportunidad que me ha brindado, y espero no defraudarla.

En ese preciso momento, el guardia de seguridad toca a la puerta.

—Licenciada, aquí enviaron esta pizza y la factura.

—No se preocupe, licenciada. Yo invito —se ofrece Juan.

—Disculpe, Juan, la empresa lo paga de la caja menuda.

—Yo quiero invitarla, licenciada Sequeira —insiste Juan.

—Okey. Está bien, como usted guste.

Juan se acerca al guardia de seguridad y toma la pizza mientras le entrega el dinero.

—Tenga, Alberto. Para que le cancele al motorizado y la propina.

—De acuerdo, señor, ya bajo para entregarle el dinero al motorizado. Buenas noches, licenciada.

—Gracias, Alberto.

—Veamos, licenciada, aquí tiene un trozo de pizza hawaiana para que la pruebe y una refrescante gaseosa.

—Gracias. Ya le dije que si no me gusta, no la terminaré de comer.

—Mi abuela decía que siempre hay que abrirse a nuevos sabores y experiencias, que no hay que temer a probar en la vida —finaliza Juan mientras prueba un trozo de pizza.

—Nada mal, señor Meléndez... Tal como lo describió usted.

—¡Sabía que le iba a encantar, licenciada Sequeira!

—Le confieso que me sorprendió su disertación hoy en la reunión con los abogados de la empresa, la cual me pareció muy audaz por su parte, y más al ser su primer día de trabajo. También aprovecho para explicarle, señor Meléndez: el licenciado Rodríguez es muy bueno y competente, pero pude observar cómo había usted trabajado esos expedientes en tan solo unas horas, cuando todo un departamento se toma hasta una semana. De verdad que fue impresionante; y le soy honesta que estuve así de

cerca de pensar que de hoy no pasaría usted de seguir laborando para nosotros. Sinceramente, no le tenía mucha fe; y no me lo tome personal, pero buscaba a alguien mucho más joven para el puesto, ya que requeríamos alguien más dinámico.

—Entiendo, licenciada, y comprendo que no soy muy joven. Pero tampoco soy un anciano, y muchas veces me siento discriminado en ese aspecto. La verdad, tengo mucho que aportar para la empresa y deseo poder seguir trabajando en equipo.

—Eso me gusta, señor Meléndez: «Trabajo en equipo». Esa es parte de la filosofía de esta empresa. Yo tengo cuatro años aquí y he ascendido hasta lograr llegar donde estoy; pero no ha sido fácil, he visto a gente llegar e irse.

—No será mi caso, licenciada. Yo estoy en un punto donde quiero establecer raíces laboralmente; a mi edad ya no puedo estar saltando de un trabajo a otro, no es saludable para nadie.

—Lo comprendo. ¡Sin darme cuenta me he comido dos trozos de pizza! Ja, ja, ja... Espere que le cuente a mi hija.

—¿Qué edad tiene su hija?

—Ana tiene siete años y es mi única hija; le encanta hacer preguntas a cada momento, y a veces es muy absorbente. Pero ella es la razón de mi vida... Y usted, señor Meléndez, ¿qué edad tienen sus hijos?

Marisa observa fijamente a Juan con sus hermosos ojos azules, profundos como el mar, y Juan le contesta emocionado:

—Vanessa es arquitecta, ya tiene veintiocho años. Vive y trabaja en Italia para una firma de arquitectos, no se ha casado aún. Y Roberto, que es médico, tiene treinta años y está haciendo una especialización en Francia. Yo soy divorciado, mi exesposa se volvió a casar y rehízo su vida.

—Disculpe el atrevimiento, no era mi intención ahondar tanto en su vida privada; pero igualmente lo felicito, sus hijos tienen su vida profesional establecida.

—Así es, y eso me llena de tranquilidad. Por mi parte, mi vida no es tan extraordinaria y mi relación con ellos es a distancia, solo los veo dos o tres veces al año. Le confieso que los extraño mucho; ya uno se hace a la idea de que cuando crecen son prestados y le pertenecen a la vida. Lo que sí quisiera es que pronto me dieran nietos.

—¿Le gustan mucho los niños, señor Meléndez?

—Cuando mis hijos tenían entre cuatro y siete años deseaba que crecieran pronto, y cuando eso ocurre uno quiere que vuelvan a ser niños; es mucho menos complicado que cuando llegan a ser adolescentes: verlos jugar sin preocupaciones y observarlos dormir pensando solo en el mañana para salir y volver a jugar es gratificante.

—Entiendo que ese mismo proceso me espera con Ana.

—Debe aprovechar el mayor tiempo posible con ella, licenciada, y sacarle provecho a cada minuto con su hija. Y sobre todo escucharla, los niños suelen ser muy perceptivos.

—Por lo que usted me dice, es muy bueno con los niños.

—La vida nos da la experiencia necesaria, licenciada.

—¿No ha pensado usted en rehacer su vida, señor Meléndez?

—Por supuesto, pero hoy día las damas prefieren caballeros jóvenes con buena solvencia económica.

—No es mi caso, señor Meléndez —le contesta Marisa con cierta incomodidad—. No necesito de un hombre para tener una estabilidad económica; lo que he logrado ha sido gracias a mi propio esfuerzo; a mi hija no le falta nada. Yo pude estudiar gracias a una beca, ya que mi madre no podía pagarme los estudios en el extranjero y mi padre nunca se ocupó de mí. El año pasado, con mucho sacrificio, terminé mi doctorado y, como habrá notado, no me importa que me digan licenciada en vez de doctora... No tengo problemas con eso, para mi concepto, el título no hace a las personas.

En ese momento Juan nota que Marisa se ha explayado sin reservas con él con un poco de resentimiento al evocar su duro pasado; ella, de forma cortante, finaliza la conversación.

—Terminemos con lo que falta para poder irnos, ya se está haciendo tarde y tengo que buscar a mi hija.

—Entiendo, licenciada. Vamos a revisar este contrato para terminar por hoy.

—Nuevamente le agradezco su apoyo, señor Meléndez.

CAPITULO 2

Doña Nana

Salgo muy temprano hacia la oficina después de dejar a mi hija en el colegio. Mientras conduzco pienso en pasar el fin de semana en la finca de mi abuelita materna, apodada Nana.

Les voy a contar sobre mi abuelita Nana. Ella es una anciana de setenta y cinco años a la que le tengo mucho cariño y es mi confidente en muchos temas. Tiene una hermosa finca en las afueras de la ciudad, cerca de la cual hay una preciosa playa que yo disfrutaba mucho cuando era niña. Aparte de tener varios hatos de ganado, también tiene cría de cerdos, gallinas, conejos, etc., más plantaciones de árboles frutales y hortalizas. Además, cuenta con un gran invernadero de flores exóticas. Siempre he pensado que saqué el carácter de mi abuela y de mi difunto abuelo; ella es muy distinta a mi madre: Nana es una persona más abierta y flexible, y a pesar de su edad está llena de vitalidad.

Este fin de semana me voy a llevar a mi hija donde mi abuelita Nana y voy a aprovechar para respirar un poco de aire fresco del campo y cambiar de ambiente, necesito salir de esta ciudad asfixiante y estresante.

Marisa llega a la oficina un poco tensa y apurada, sabe que tiene poco tiempo para entregar el informe sobre los contratos. Es recibida por su asistente.

—Buenos días, jefa.

—¡Buenos días, Vicky! ¿Alguna novedad hoy?

—Por el momento nada.

—¿Y Juan Meléndez?

—Ya él estaba aquí cuando llegué. Me dijo Alberto, el seguridad, que llegó a las cuatro de la mañana, que casi no lo deja entrar, pero que le dijo que tenía un trabajo muy importante que terminar para usted.

—¿Para mí? Qué extraño... Dile al señor Meléndez que pase a mi oficina, que necesito conversar con él.

—No es necesario, licenciada Sequeira. Ya estoy aquí. ¡Buenos Días! —dice Juan, que aparece con unos documentos en la mano.

—Buenos días, señor Meléndez. ¿Cómo es eso de que usted está aquí desde las cuatro de la mañana? ¿Y autorizado por mí? —le increpa Marisa molesta.

—Le explico, licenciada, vine por mi cuenta. Ya tengo los contratos revisados, con los análisis incluidos de cada uno y las adendas del contrato según los borradores adjuntos. Están armados en cada expediente, puede pasarlo a su equipo legal para que los revise minuciosamente en el día de hoy y, si todo está bien, puede entregar el informe mañana mismo, un día antes de lo previsto.

—Permítame revisar un expediente —le contesta Marisa mientras toma uno de los documentos y procede a revisarlo.

—Sí, con mucho gusto, licenciada.

Marisa revisa minuciosamente cada expediente sentada en su escritorio, ante la mirada atenta de Juan y Vicky.

—Aparentemente todo está bien. Igualmente tengo que enviarlo al departamento legal para que lo revisen con detalle y si todo está correcto, podemos presentar el informe el viernes en la mañana y la próxima semana enviar los contratos para su firma. Encárgate, Vicky, de que los licenciados Rodríguez y Benítez lo revisen; si hay que hacer alguna corrección, que la hagan. Por otra parte, señor Meléndez, entiendo su iniciativa y me siento muy agradecida por lo que realmente está aportando a la empresa. Pero le voy a pedir que en el futuro me comunique con antelación cualquier ingreso a la oficina antes del horario de trabajo, por el tema de seguridad en el edificio.

—Entiendo, licenciada, y le reitero mis disculpas por el atrevimiento —le contesta Juan apenado.

—Pueden retirarse los dos y por favor, Vicky, me mantienes informada.

—¡Por supuesto, jefa!

—Realmente no entiendo a su jefa —le comenta Juan a Vicky cuando salen de la oficina—. Anoche era una mujer distinta y hoy amanece de un genio de los mil demonios.

—Te digo que pienso que fue injusto que Marisa te llamara la atención si le estás ayudando con esos informes, mientras estos abogados de pacotilla se ganan miles de dólares fácilmente. Yo tampoco lo entiendo... Pero cuéntame, Juan, ¿cómo fue eso de que ayer mi jefa era una mujer distinta a la de hoy? ¿Acaso pasó

algo anoche de lo que yo no me haya enterado?... Es broma, Juan, ¿por qué te pones serio?

—Con eso no se juega, Vicky, ni de broma. Lo menos que quiero es verme envuelto en chismes de una situación fuera de mi alcance a riesgo de perder mi trabajo. La licenciada Marisa tiene una vida hecha profesionalmente, un novio de buena familia que le puede garantizar una solidez financiera. Sería increíble que ella se fijara en un perdedor como yo.

—Yo no te veo como un perdedor, Juan.

—Es la realidad, Vicky. Hoy día las damas aspiran a tener de pareja a hombres exitosos que puedan darles apoyo moral y financiero, y no a alguien que solo les puede traer problemas y zozobra financiera.

—Entiendo tu punto, pero no puedes generalizar. Conozco a muchas damas de sociedad que lo tienen todo, pero son muy infelices. Te doy un ejemplo: la doctora Regina, sobrina de don Adolfo, el dueño de la empresa; soltera a sus cuarenta años y sin novio. Es muy exigente y sus estándares son inalcanzables por esperar encontrar el hombre perfecto, cosa que no existe. ¿Por qué no rehaces tu vida, Juan?

—Es muy complejo, Vicky, a cierta edad uno tiene sus propias costumbres y difícilmente alguien quiere aceptar un paquete de canas y sabiduría. Incluso las mujeres mayores desean tipos jóvenes que puedan darle vitalidad a su vida.

—Me disculpas y discrepo contigo, yo estuve casada y me divorcié de mi primer esposo. Él es cuatro años menor que yo y vivimos diferencias que no pudimos resolver; producto de ese amor nació mi hija, que es lo único de lo que no me arrepiento.

—Disculpa, Vicky, no era mi intención.

—Si me preguntas si volvería a rehacer mi vida, te diría que sí... pero sería con un hombre bastante maduro y seguro de sí mismo; alguien que no piense en diversión y amigos, sino en una vida familiar; y, por supuesto, que quiera a mi hija Elena. Que juntos podamos construir un futuro, no importa que no tenga un ilustre apellido ni fortuna... ¿Me comprendes?

—Te comprendo perfectamente, Vicky —Juan la mira directamente a los ojos, en los que puede ver parte de su dolor, producto del recuerdo de ese difícil pasado.

—Es hora de ponernos a trabajar para que la jefa esté contenta.

—Estoy de acuerdo contigo —contesta Juan con una gran sonrisa y un leve guiño de ojo.

—Eres un loco, Juan... ¡Ja, ja, ja!

Al llegar la tarde, Marisa recibe la visita inesperada de su novio.

—¡Buenas tardes, bizcochito!

—Hola, cielo. ¡No esperaba que vinieras tan temprano por aquí!

—¿Acaso te olvidaste de que te dije que quizás pasaría a saludarte? Ven, dame un abrazo, bizcochito.

Alejandro abraza fuerte a Marisa mientras le roba un beso, y en ese preciso instante entra Juan a la oficina.

—Disculpe, licenciada... No sabía que estaba ocupada, vi la puerta abierta y supuse que usted estaba sola.

—Tranquilo, señor Meléndez. Él es Alejandro, mi novio.

—¡Mucho gusto, don Alejandro! Juan Meléndez, para servirle.

En el momento que Juan extiende su mano, Alejandro, con una actitud de prepotencia, se la estrecha casi obligado por Marisa.

—Me enteré de que usted está apoyando a Marisa con el tema de los contratos y que ha dejado en ridículo a nuestro equipo legal.

—La verdad, don Alejandro, que no ha sido mi intención y solo fue un tema de organización de los documentos —contesta Juan mientras baja la mirada.

—No me haga caso, que es broma. Y relájese, Juancito. Mi novia suele ser muy mandona y de mal genio, por eso vengo aquí para aplacar un poco su carácter. ¿Verdad, mi amor? —responde Alejandro al tiempo que abraza a Marisa y ella hace un gesto de incomodidad.

—Oye, Alejandro, no incomodemos al señor Meléndez, que tiene cosas pendientes que hacer. A ver, ¿qué necesita que le firme?

—Solo estos documentos, licenciada Sequeira, para llevarlos al Departamento Legal y que sigan su trámite.

De pronto, Alejandro camina hacia Juan, le pone la mano en el hombro mientras le dice:

—Oye, Juan, me vendría bien si pudieras ir a mi casa para una fiestecita de compromiso que vamos a tener la próxima semana y te ganas un dinerito extra preparando tragos.

—No sé preparar tragos, señor —le contesta Juan incómodo.

—Bueno, también puede ser como camarero para entregar las bebidas y la comida. Me gustaría contar contigo porque me pareces un tipo serio y decente, así que espero verte ese día, y no aceptaré un no como excusa.

—Gracias nuevamente por el ofrecimiento, señor, pero no estoy interesado.

—¡Conque orgulloso el «mensajero canas»!

—¡Por favor, Alejandro, no empieces! —le increpa Marisa al ver cómo humilla a Juan.

—¿Usted sabe quién soy yo en esta empresa, Juan? —le pregunta en tono autoritario Alejandro mientras Marisa observa con nerviosismo.

—Por supuesto, señor... El hijo del dueño de esta empresa.

Alejandro se acerca a Juan y le susurra al oído:

—Entonces quiero ver tu trasero en mi fiesta de compromiso, si no, lo tendrás fuera de esta empresa... Y para que veas que soy generoso te pagaré el doble, ¿okey?

—Como usted diga, señor. —Juan baja la cabeza para contener toda su ira.

—Por favor, Alejandro, deja en paz al señor Meléndez, ¿no es muy temprano para estar fastidiando al personal?

—Estoy seguro de que tú lo fastidias más que yo, Marisa. ¡Ja, ja, ja!

—Lleve los documentos, señor Meléndez. Y cuando estén listos me los trae de vuelta —sale al paso Marisa para evitar un enfrentamiento entre ambos.

Al salir Juan de la oficina, Alejandro le grita:

—¡Ya sabes, Juancito, no me falles!

Juan mira a Alejandro conteniendo toda su furia al ser objeto de la humillación por parte de él.

—¿Observaste cómo me miró el vejete ese de mensajero que tienes en la empresa? Por menos de eso he despedido a mucha gente aquí, Marisa; pero como es tu trabajador estrella, es intocable el tipo.

—Alejandro, ¿no te cansas de humillar a las personas?

—Humillar es mi deporte favorito, Marisa. La gente piensa que con el orgullo se vive, y están equivocados; por eso a la gente no le queda más opciones que tragarse su orgullo.

—No te pareces en nada a tu padre, Alejandro, él es muy distinto a ti... A veces siento que estoy con un completo desconocido, y me sorprende tu actitud.

—Deja el drama, bizcochito, que sabes muy bien cómo soy y así me has aceptado. Casi somos almas gemelas.

—Quizás es en lo que me he convertido al lado tuyo, Alejandro...

—Dejemos esta discusión para otro día, tengo que ir al club a reunirme con algunos amigos de la universidad. ¿Nos vemos el fin de semana, bizcochito?

—No podrá ser, prometí llevar a Ana con la abuela y pasar el fin de semana juntas. Pero puedes acompañarnos.

—Sabes que no le caigo muy bien a la vieja Nana. Además, no me gusta estar metido en el campo lidiando con las gallinas y caminando en el lodo, y menos, pasando calor.

—¿Podrías hacer el intento de no ser tan patán y egocéntrico, Alejandro?

—Siempre he sido así y eso te encantaba de mí, cariño. ¿Acaso ya no te gusto? Te siento un poco cambiada, pero bueno.

—Creo que es mejor que te vayas, Alejandro. Esta discusión no va a terminar bien si te quedas.

—Tienes razón, bizcochito, después hablamos.

Alejandro imprime un frío beso de despedida en la mejilla de Marisa, que siente que le quema la piel. Dentro de sus

pensamientos, se hace la misma pregunta una y otra vez: «¿En qué me he convertido al lado de Alejandro?».

Juan llega a su escritorio molesto por la humillación sufrida, y algunos minutos después recibe la inesperada visita de Marisa.

—Hola, señor Meléndez. ¿Está ocupado?

—Pase, licenciada Sequeira. Déjeme quitar estos documentos de la silla para que pueda sentarse. ¿En qué puedo ayudarla?

—Vengo a pedirle disculpas por la forma en que lo trató mi novio... No pienso disculpar su comportamiento, tampoco pienso tolerarlo. No se sienta comprometido a ir a trabajar a la casa de don Adolfo para el evento de nuestro compromiso la próxima semana.

—Antes que nada, le acepto sus disculpas, licenciada — responde Juan muy serio—. No fue nada agradable el trato recibido por su novio. Entiendo que es el hijo del dueño de la empresa y puede despedirme en cualquier momento... Y yo no quiero causarle problemas a usted, yo le di mi palabra a su novio e iré a trabajar ese día para evitar conflictos aquí en la oficina. De verdad necesito el trabajo, licenciada.

—Entiendo su posición, y si es su decisión, no puedo obligarlo, pero no creo que sea saludable que usted vaya y ocurra una situación que vayamos todos a lamentar... Que tenga buen día.

Marisa se levanta abruptamente de la silla y se despide de Juan al ver que no ha podido persuadirlo para que no vaya a trabajar el día de su compromiso en la casa de don Adolfo. Recorre el pasillo confundida y se encuentra a Vicky.

—¿Le sucede algo, jefa?

—Por favor, Vicky, dile a Gloria, de la cafetería, que me envíe un té de manzanilla. He tenido una mañana muy tensa y necesito relajarme para poder terminar el día —responde en el momento que se aleja, angustiada, a su oficina.

—Ya se lo consigo, jefa, deme unos minutos.

Mientras tanto, en la residencia de don Adolfo, Alejandro se reúne con él para revisar algunos temas de la empresa y, mientras se sirve un trago de fino *whisky* mirando a través de un gran ventanal con una hermosa vista al inmenso jardín de su residencia, don Adolfo comenta:

—Mira, Alejandro, en la última reunión sentí mucha tensión entre Regina y Marisa y eso me ha dejado un poco preocupado... Incluso la sentí muy incómoda cuando Regina la cuestionó. Yo ascendí a Marisa a la Gerencia Ejecutiva obviando a mi sobrina Regina, que es de mi total confianza y tiene los méritos suficientes para el puesto. Y lo hice porque me lo pediste, y espero no haberme equivocado.

—Te entiendo, papá... Solo dale tiempo para que se vaya adaptando al puesto, resuelva todo lo concerniente a la empresa

y pueda limar asperezas con Regina. Estoy seguro de que cumplirá a cabalidad con todas las metas que se le han establecido.

—La próxima semana es la fiesta de tu compromiso, Alejandro. ¿Estás seguro de dar ese paso?

—Sí, papá. Solo tengo que ver la forma de persuadir a Marisa para que envíe a su hija a un internado.

—¿Crees que ella lo aceptará? ¿Sin oponer resistencia? —pregunta don Adolfo incrédulo—. Yo siempre la he visto muy ligada a su hija, y no creo que acepte de muy buena gana que le propongas tan descabellada idea, hijo.

—Solo dame tiempo de persuadirla, papá... Igual el compromiso se llevará según lo planeado.

En ese momento entra a la terraza doña Alicia, madre de Alejandro, y le da un beso en la frente.

—Me imagino que conversan sobre la fiesta de compromiso.

—Tu percepción es correcta —le contesta Adolfo—. Pero también le comentaba a Alejandro que no siento que Marisa esté preparada para el puesto dentro de la empresa.

—Tienes que darle la oportunidad, Adolfo. Su ascenso fue hace poco, no se te quita lo desconfiado, querido. Mira, Alejandro, tu padre toda la vida ha sido un hombre terco y desconfiado, y aunque las personas hagan bien las cosas, el aún no se convence.

—Tienes razón, mamá, mi padre no va a cambiar.

—Mira hijo, yo siempre he seguido mis instintos y por eso amasé esta fortuna. Y aunque ustedes me llamen terco y obstinado, el tiempo me dará la razón, o quizás me equivoque — finaliza don Adolfo mientras observa su fino vaso de *whisky*.

En la oficina, Marisa prepara los informes para presentarlos al día siguiente en el comité de la empresa y recibe una llamada.

—¡Hola, Marisa! ¿Cómo has estado? Disculpa que te moleste.

—¡Hola, abuelita! No me molestas.

—Necesito saber si vienes el fin de semana a la finca con Ana para preparar la habitación.

—Sí, claro, Nana; vamos saliendo el viernes después de que Ana salga del colegio. Paso al apartamento a recoger las maletas, deberíamos estar llegando antes de que anochezca.

—Una pregunta, Marisa, ¿conoces a alguien que pueda venir para reparar el techo del invernadero, que tiene unas filtraciones? El señor que me hace las reparaciones, que vive aquí cerca, no puede venir ya que su esposa se encuentra con quebrantos de salud y tiene que cuidar a sus hijos.

—Déjame pedirle a Vicky en la oficina que ubique a alguien que pueda resolverte ese problema y se comuniqué contigo, ¿te parece, Nana?

—Está bien, voy a estar pendiente. Me avisas cuando salgan para guardarles cena a ustedes.

—Claro que sí, Nana. No te preocupes, que yo te aviso cuando salga.

—¡Chao, Nana! —se despide efusivamente Marisa de su abuelita.

En ese momento, Vicky se asoma a la oficina de Marisa por sorpresa.

—¡Hola, jefa! Creo que ya tenemos casi listos los contratos, solo falta uno que el licenciado Martínez termine de revisar.

—Vicky, necesito que consigas a alguien que haga unas reparaciones en el techo del invernadero de mi abuela Nana. Si es posible, este fin de semana que voy a estar allá y así puedo supervisar que se hagan las reparaciones. Recuerda que es en la hacienda Santa Mónica en Antón.

—Nunca he ido a ese lugar, jefa, pero me han dicho que Antón es muy bonito y que la hacienda tiene una vista muy hermosa al océano; que es un lugar muy tranquilo y pintoresco.

—Así es, Vicky, mi abuela tiene una finca de flores y hortalizas con algunas crías de animales. Cuando tengo oportunidad me escapo para relajarme. De niña disfrutaba de los paseos en la finca y me acostaba en la noche en el césped para ver las estrellas. Tengo muy bonitos recuerdos y por eso llevo a Ana para que tenga más contacto con la naturaleza.

—¡Súper, jefa! Ya la veré el lunes bien renovada y con las baterías recargadas.

—Eso espero, Vicky, la próxima semana va a ser bastante intensa y hay que estar preparados.

Mientras tanto, Juan se encuentra en su oficina realizando unos reportes internos de gestión de suministros y recibe una llamada inesperada a su teléfono móvil.

—¡Hola, papá!

—¡¡Hola, hija!! ¿Cómo has estado? ¿Cómo te va en el trabajo?

—Muy bien, papá. Un poco frío el clima por aquí, pero eso no ha impedido que vaya con algunos amigos a visitar museos. Ayer conversé con mamá y me dijo que estabas desempleado... ¿Es cierto, papá?

—Bueno, hija..., en parte sí estaba desempleado... Pero ya conseguí un empleo y me va muy bien aquí; es una empresa muy grande y estoy trabajando con altos ejecutivos. Debes entender cómo es tu madre... Aún se preocupa por mí; aunque ella ya hizo su vida, no deja de preocuparse por todos. Igual solo le comenté que estaba sin trabajo y no he vuelto a hablar más con ella, pero no debió decirte eso para evitar preocuparte, hija.

—Debo dejarte, papá, que vamos saliendo de casa. Besos y abrazos, papito.

—Cuídate, hija. Y cuando puedas me llamas para conversar. Hasta pronto, mi pequeña.

Juan se despide mientras sus ojos se humedecen por la emoción de conversar con su hija, que está del otro lado del continente y que tiene varias semanas de no saber de ella.

De forma imprevista aparece Vicky en la oficina de Juan.

—¿Interrumpo algo, Juan?

—No, nada importante, licenciada Olarte... Solo que estaba atendiendo una llamada de mi hija, que se encuentra en el extranjero y tenía tiempo de no conversar con ella, y bueno... Qué puedo decirle.

—Entiendo, Juan. Solo vine para recordarle que hay que retirar los documentos donde el licenciado Rodríguez, pero debería darle una llamadita antes de las tres de la tarde. Tengo que conseguirle a la jefa a alguien para el fin de semana que le repare unas filtraciones en el invernadero de la finca de su abuelita, en las afueras de la ciudad. ¿Por casualidad conoces a alguien, Juan?

—Yo mismo puedo repararla, Vicky. En uno de mis antiguos empleos supervisaba ese tipo de reparaciones y en algunas oportunidades me tocó hacerlas cuando el personal se ausentaba. No tengo compromiso alguno el fin de semana, y no vendría mal un dinerito extra.

—Sobre todo el dinerito extra, Juan —bromea Vicky—. ¡No se diga más! Cuando tenga oportunidad, pase al despacho de la jefa y converse con ella sobre lo de las reparaciones; yo me quito un peso de encima en el día de hoy y usted se gana un dinerito extra el fin de semana.

—¡Ja, ja, ja! Me encanta su buen humor, licenciada Olarte.

Juan nota cierta complicidad con Vicky, no solo como su aliada y protectora en la oficina, sino como una amiga en la que puede confiar y que lo hace sentir cómodo en la empresa.

—Buenas tardes, señora Luz. ¿La licenciada está ocupada? —
Se acerca Juan a la secretaria de Marisa.

—Ahora mismo está sola, pero entre sin problema, Juan.

—Después del día que entré sin anunciarme y estaba el novio de la jefa quiero evitar problemas con ella.

—Entiendo... Mejor voy a anunciarlo.

La secretaria entra en la oficina de Marisa.

—Licenciada, aquí está el señor Meléndez, de mensajería interna, que pregunta si usted puede atenderlo.

—Sí, que pase, señora Luz.

—¿Cómo está, señor Meléndez? ¿En qué puedo ayudarle? —
le pregunta Marisa, sentada en su escritorio, mientras firma algunos documentos.

—Disculpe, licenciada Sequeira. La licenciada Olarte estuvo por mi oficina y me comentó que necesitaba a alguien para realizar algunos arreglos de filtraciones en el invernadero de su abuelita, y quería ofrecerme para realizar los trabajos durante el fin de semana.

—¿Usted tiene experiencia en ese tipo de trabajos, señor Meléndez?

—Por supuesto, licenciada. Estuve de supervisor durante algunos años en una empresa que realizaba ese tipo de arreglos y me tocó hacerlo también cuando estábamos escasos de personal.

—Vaya, usted ha hecho de todo...

—Casi de todo, licenciada. Si usted me da la dirección exacta, yo podría estar el sábado en la mañana. Incluso tengo algo de material que puede servir, y en caso de que se necesite algo adicional podría comprarlo en alguna ferretería cercana.

—Usted cada día me sorprende, es siempre muy servicial. Tendrá que darme un listado de todo lo que sabe hacer para que se encargue del Departamento de Mantenimiento de la empresa —le contesta Marisa en un tono medio burlón, mientras escribe la dirección de la finca—. Aquí tiene, señor Meléndez, esta es la dirección. También le anoté el número de mi teléfono móvil por si se pierde y no encuentra el lugar. No creo que tenga mayor problema, ya que la entrada está en la vía principal. Ya le dibujo un pequeño mapa. Le recomiendo que llegue a las ocho de la mañana.

—Cuenta con que allí estaré, licenciada Sequeira.

—Puede retirarse, Meléndez —le indica Marisa haciendo un gesto con la mano mientras se dedica a firmar algunos cheques, cuando recibe una llamada.

—Licenciada Sequeira, tenemos ya todo listo para que pueda presentarlo a la comisión de la junta directiva —le explica el licenciado Rodríguez.

—Muchas gracias, licenciado. Me gustaría darles una última revisión a los documentos finales, podemos reunirnos aquí en mi oficina en veinte minutos.

—Estaré allí, licenciada Sequeira.

—Okey, le espero.

Mientras tanto, en casa de la familia De las Casas, don Adolfo recibe la visita inesperada de su sobrina Regina.

—¡Hola, tío! Disculpa por venir a visitarte sin avisar.

—Tranquila, Regina, me da gusto que nos visites. Ven, caminemos hacia la terraza para conversar. ¿Deseas tomar algo?

—Me vendría bien una limonada bien fría, hace un calor infernal en estos días. ¿Y mi tía Alicia está en casa?

—Alicia fue a recostarse a su recámara hace unos minutos, anoche se quedó hasta tarde jugando canasta con unas amigas aquí en casa y se sentía muy cansada. Alejandro se fue al club a encontrarse con unos amigos. Como ves, este viejo se encuentra solo, claro, con la servidumbre que me acompaña. Pero sé que tu visita, Regina, no es estrictamente familiar, si no me equivoco — le pregunta don Adolfo mirándola fijamente.

—No te equivocas, tío. Vengo por el tema de la empresa; mañana Marisa tiene que entregar el informe y los contratos para su renovación.

—Disculpa, Regina..., pero tengo entendido que eso está prácticamente listo para su revisión y la próxima semana deben

estar enviando esos contratos para su firma a los clientes, ¿qué te preocupa?

—No estoy preocupada, tío, sé que Marisa va a cumplir con lo acordado. Sabes muy bien que ella nunca me ha caído bien, y que preferiste ascenderla a ella antes que nombrarme a mí para el puesto; entiendo perfectamente que lo hiciste para complacer a Alejandro y para que su prometida estuviera a su altura.

—Siempre lo he sabido, Regina. Para mí no ha sido muy fácil aceptarla; esperaba que mi hijo se aburriera de ella con el tiempo, pero, por el contrario, se encaprichó aún más; aunque no te puedo negar que Alejandro es un poco más responsable, aún es muy inmaduro. Insisto, Regina, aunque quisiera ayudarte no puedo hacer nada. A menos que Marisa cometa un error que afecte a la empresa, necesitaría un motivo lo suficientemente grave para separarla del puesto sin tener que enfrentarme a mi hijo.

—Te entiendo, tío, pero sabes que puedes contar conmigo dentro de la junta directiva para lo que necesites, tienes mi total apoyo —finaliza Regina mientras bebe su limonada fría.

—Lo sé. La semana próxima es la fiesta del compromiso de Alejandro con Marisa, y dentro de dos meses se casarán. Veremos qué ocurre durante ese tiempo... Por el momento, solo vamos a darle seguimiento con el tema de las empresas.

—Me tengo que ir, tío, me saludas a tía Alicia. Le dices que estuve por aquí y que otro día vengo a conversar con ella. ¡Ah!, muy rica la limonada, por cierto.

—Por supuesto que le daré tus saludos, déjame acompañarte a la entrada.

Al momento que Regina sale por la puerta principal, aparece doña Alicia.

—¿Quién acaba de irse, Adolfo?

—Tu sobrina Regina, que vino a saludar y a conversar un rato de algunas cosas de la oficina.

—¿Algún problema en la empresa?

—No es nada, pero sabes bien que ella aún está resentida conmigo por no darle el puesto que tiene Marisa en la empresa.

—Te digo, Adolfo, que Marisa hasta el momento lo ha hecho muy bien y ha escalado dentro de la empresa con el tiempo; aunque le diste el último empujón a solicitud de Alejandro, pero me parece una mujer honesta, de carácter y principios. Sé que no es lo que tú querías como esposa para Alejandro porque no cumple con tu estándar social, pero acordamos que dejaríamos que nuestro hijo decidiera su futuro sin nuestra intervención.

—Pero aun así no deja de incomodarme, Alicia. Quizás puedo manejarlo, pero no termino de aceptarlo.

—A mí me cae muy bien ella, y entiendo que Regina la odia por no poder tener el control total de las empresas. Pero soy

objetiva dejando cualquier tipo de prejuicio, Adolfo. ¿Acaso se te olvidó de dónde venimos nosotros?

—¿Tenías que recordarme eso, Alicia? Vaya forma de amargarme la tarde...

—A veces necesitamos dar un vistazo al pasado para aterrizar en el presente.

—Mejor cambiemos de tema.

Don Adolfo se aleja hacia el patio trasero de la casa llamando a los perros para acariciarlos, mientras Alicia lo observa desde lejos y piensa: «Qué viejo más terco y obstinado me resultaste, Adolfo».

En la oficina, Marisa se encuentra reunida con el licenciado Rodríguez.

—Todo está muy bien, licenciado. Voy a firmar todos los documentos para que mañana los revise el comité. Me imagino que Regina debe de estar ansiosa por revisarlos.

—Casualmente ella me llamó hoy temprano para saber si presentaríamos mañana a revisión los contratos y yo le contesté que sí. Es curioso, pero sentí por parte de ella una actitud de decepción, más que de alivio.

—Recuerde, licenciado, que mi puesto le correspondía a ella, pero me lo dieron a mí; y eso nunca me lo perdonará.

—Tiene razón, esa acción le granjeó una enemiga dentro de la empresa.

—No tanto como enemiga, sino más bien un resentimiento hacia mi persona que cada día se hace más grande y evidente. Me toca lidiarlo en las reuniones de junta directiva, ella ni siquiera disimula su incomodidad conmigo... Bueno, licenciado, ya usted puede encargarse del resto del trabajo y sustentarlo ante el comité; yo mañana vendré solo a firmar unos documentos, me voy a tomar un descanso el fin de semana.

—Me parece muy bien, esta semana ha sido muy intensa y usted merece un buen descanso.

—Me retiro, ya veremos mañana cómo le va a usted con Regina. Me mantiene al tanto, Rodríguez.

—¡Hasta mañana, licenciada Sequeira!

Hoy es un día muy especial. Llevar a Ana a la finca de Nana me dará ese respiro que necesito, estas últimas semanas han sido muy agotadoras.

La emoción de compartir ambas un fin de semana nos llena de alegría, sobre todo a Ana, que últimamente no comparte conmigo porque estoy muy ocupada en la empresa. Debo aprovechar al máximo para recuperar el tiempo perdido con ella.

—Mami, ¿hoy vamos a la casa de abuelita Nana? —le pregunta Ana a su madre mientras van en el auto camino al colegio.

—Sí, claro, mi arroz con leche. Ya dejé listas las maletas y apenas salgas del colegio, te recojo y nos vamos directamente a donde abuelita Nana.

—¡Yupi! Voy a poder jugar con Skipper y el señor Gallo en la granja de la abuelita.

—Claro, tesoro, vamos a divertirnos juntas.

Después de dejar a su hija en el colegio, Marisa se encuentra con su asistente en la oficina.

—¡Buenos días, jefa!

—¡Hola, Vicky! Hoy voy a estar por muy poco tiempo en la oficina, así que necesito que me consigas todo lo que hay que firmar para no tener problemas con los documentos pendientes de firma.

—Todo está en su escritorio, jefa. Ya el licenciado Rodríguez está preparándose para presentar los contratos con el comité... y adivine quién está por allí desde temprano...

—A ver, dime, que sabes que no me gustan las adivinanzas.

—La mismísima Regina Duarte. Estaba con sus auditores solicitando copia del cierre de este mes.

—Por mí, puede buscar y pedir todos los documentos que quiera, todo está en orden y no tengo nada que esconder. Solo busca la forma de poder perjudicarme y obtener mi puesto, pero eso no sucederá, Vicky.

—Yo espero que sea así, jefa, porque seré la primera a la que pondrán de patitas en la calle por ser su empleada de confianza.

—Tranquila, nuevamente te digo que eso no sucederá.

En ese mismo instante, Juan se acerca a la secretaria de Marisa.

—Hola, señora Luz. Hoy me acordé de usted y le traje unos de esos chocolates que tanto le gustan.

—¡Gracias, Juan! ¿Cómo sabes que me gustan los chocolates?

—Vicky me comentó que usted es fanática de los chocolates y le compré algunos.

—Gracias por el detalle.

—Una pregunta: ¿la licenciada Sequeira se encuentra ocupada o está reunida con alguien?

—Ella anda muy apurada revisando y firmando documentos, está reunida con la licenciada Olarte ahora mismo porque se va temprano de la oficina. Pero me solicitó que no la molestara a menos que fuera algo urgente. ¿Tienes que consultarle algo importante?

—No realmente, señora Luz, era solo para preguntarle algo, pero no es nada urgente.

—Si deseas, cuando salga le digo que se comuniqué contigo.

—No es necesario, ya después hablaré con ella. Muchas gracias.

—Gracias, Juan, por los chocolates.

—Fue un placer, disfrútelos.

Suena el teléfono móvil de Marisa y esta observa que es Alejandro quien la llama.

—¡Hola, amor!

—¿Cómo estás, bizcochito?

—Espera un segundo, que Vicky está aquí conmigo, va saliendo a llevar unos documentos. —Marisa se dirige entonces a su asistente—: Gracias por todo, Vicky, nos vemos el lunes.

—Hasta el lunes, jefa.

En ese instante Vicky sale de la oficina con los documentos firmados por Marisa y esta continúa su conversación con Alejandro.

—Hoy ando apurada revisando y firmando documentos. Como ya te había comentado, me voy el fin de semana a la finca de Nana hoy en la tarde; sigue abierta mi invitación para que nos acompañes, amor.

—Te repito, Marisa, que no me gusta la idea de ir a la finca de tu abuelita. Sabes que no soy de pasar trabajo en el campo, y menos sabiendo que a tu abuelita no le caigo bien. ¿Recuerdas la última vez que se molestó conmigo porque le dije que no me gustaba desayunar huevos suaves y que el pan solo me gusta a medio tostar? La doña me contestó que si quería desayunar a mi gusto, que me fuera a un restaurante... Y que conste que fui lo más amable que pude.

—Es que a veces te pones muy antipático, Alejandro.

—¿Antipático yo? No es un delito que me gusten las cosas como yo quiero, aparte de que yo no estoy para complacer a la gente por educación, Marisa. Mejor no aparecerme por allá para no arruinarles el día de campo. Yo aprovecharé el tiempo y saldré con unos amigos a jugar golf en el club el fin de semana. ¡Diviértete y disfruta de tu merecido descanso, bizcochito!

—Estaremos en contacto. Cuídate, amor. ¡Muac!

Al cerrar la llamada, Marisa divisa a través del ventanal de la oficina una pareja de gaviotas y cruza por su mente un pensamiento: «Seremos parecidos y a la vez distantes... ¿Estaré haciendo lo correcto? Soy una tonta y debo concentrarme en darle tiempo de calidad a mi hija, que me necesita. Ella es mi prioridad».

—Me voy, señora Luz. Nos vemos el lunes.

—Disculpe, licenciada, por aquí estuvo Juan, el de mensajería interna, pero como usted me dio instrucciones de que no la molestara a menos que fuera algo urgente, no le avisé. Me dijo que no era algo urgente y no quería molestarla.

—No se preocupe, yo pasaré por su puesto de trabajo para ver qué necesita. Muchas gracias.

—Maneje con cuidado, licenciada Sequeira, la carretera hacia las afueras es muy peligrosa y últimamente ha habido muchos accidentes.

—Tomaré su consejo... Hasta el lunes.

«¿Que querrá el señor Meléndez?», piensa Marisa mientras se dirige al puesto de Juan.

—Buenas tardes, señor Meléndez. Me dijo la señora Luz que estuvo por mi oficina. ¿Algún problema?

—Buenas tardes, licenciada. Solo pasé para confirmarle que mañana a las ocho de la mañana estaré donde su abuelita. Solo era eso, y disculpe.

—No tiene por qué disculparse. Yo voy saliendo a buscar a Ana para irnos hoy mismo. Se me olvidó preguntarle, solo por curiosidad... ¿Usted va en autobús o va en su motocicleta?

—En la moto, licenciada, no se preocupe. Si comienzo temprano los trabajos podré irme antes de que oscurezca. Me encanta el campo, es como un catalizador para limpiar nuestra aura, así que, aparte de ser un trabajo extra, lo hago con sumo placer; me encanta conocer regiones del interior del país.

—¿Usted ha viajado a otros países, señor Meléndez?

—Nunca, licenciada, no he traspasado las fronteras. Pero sí he viajado mucho al interior por temas de trabajo. Siempre he sentido cierta fascinación por conocer otras culturas y me gustaría viajar en el futuro a otros países, aunque eso lo veo muy difícil.

Marisa lo observa y escucha detenidamente mientras Juan le comenta sobre su poca experiencia como viajero.

—Está muy entretenida la conversación, pero tengo que irme. Lo espero mañana temprano, ya tiene mi teléfono móvil por si se pierde en el camino —se despide Marisa con cierto apuro.

—Por supuesto, licenciada, allí estaré temprano —le contesta Juan mientras observa a Marisa caminar por el pasillo hacia los elevadores, y se queda embelesado al ver cómo el ajustado traje se ciñe a su hermosa figura de modelo.

En ese instante aparece Vicky, que sorprende a Juan.

—¡Hola, Juan! ¿Te gusta la jefa?

—¿Por qué me dices eso, Vicky?

—Acabo de pillarte muy concentrado mirándola. Y no te culpo, la mayoría de los hombres desean una mujer como ella: bonita, profesional y exitosa. No eres la excepción de ese porcentaje de admiradores.

—No te voy a negar que la licenciada Marisa es muy hermosa, Vicky, pero jamás me pasaría por la cabeza tener probabilidades de que ella se fijara en un hombre como yo. Aparte de que es mi jefa y está comprometida con el hijo del dueño de la empresa, sería una locura albergar esperanza alguna con alguien como ella.

—Sobre todo, es novia del hijo del dueño de Grupo Cybex, Juan. Una vez, hace aproximadamente tres años y cuando Marisa tenía un puesto medio de jerarquía en la empresa y empezaba a salir con Alejandro, trabajaba con nosotros en contabilidad un joven que empezó a enviarle regalitos y tarjetas con poemas de forma discreta a mi jefa, hasta que Alejandro lo descubrió y al día

siguiente lo mandó despedir. Marisa no hizo nada, ni intercedió por él para que no lo despidieran... Era un juego de poder, ella no se iba a arriesgar a perderlo todo por un romance sin futuro.

—No entiendo por qué me cuentas todo eso, Vicky.

—Los hombres pierden la cabeza con mucha facilidad, Juan. He notado en ti cierto entusiasmo cuando nos reunimos con ella. Solo te puedo aconsejar que te mantengas dentro de tu entusiasmo, pero solo eso... La jefa está hecha de un material que no es para ti y puedes salir herido.

—¿Y qué me cuentas de ti, Vicky? ¿Alguna vez has perdido la cabeza por un hombre?

—Sí. ¡Claro! Y producto de eso nació mi hija.

—Disculpa, no quise decir eso.

—No te preocupes, soy mujer y percibo las cosas; y me inquieta cuando toman cierto rumbo porque se pierde control de todo sin medir consecuencias y la mayoría de las veces termina muy pero muy mal. Soy joven, pero observo mucho el comportamiento de las personas.

—Solo puedo decirte, Vicky, que ya hice mi vida y que yo solo me dejo llevar. No tengo tanto tiempo para pensar las cosas, solo para vivir el momento.

—Cuidado hacia dónde te lleva la vida, Juan, porque puedes arrastrar a otros y causar mucho sufrimiento.

—Uno de estos días la invitaré a un café cuando salgamos de la oficina.

—Que sea mejor una cena, tomo tanto café aquí en el trabajo que es lo menos que quisiera tomar cuando salgo.

—¡Perfecto! La próxima semana nos ponemos de acuerdo, ¿le parece?

—Me parece bien.

Mientras Vicky se aleja de la oficina, Juan se siente vulnerable con lo que le ha comentado su compañera. Ha puesto en evidencia aquello de lo que él mismo no se ha dado cuenta, y le preocupa que, así como ella lo ha notado, otros puedan percibirlo. Esto le hace pensar: «Debo ser más prudente, manejarme de forma más fría y calculadora y esconder este entusiasmo visible para evitar problemas. ¿Pero por qué Vicky se preocupa si en realidad el problema sería solamente yo, y no Marisa? A menos que haya notado algo... Mejor no sigo analizando, porque solo va a acrecentar una ilusión. Y debo ser realista, que esto no me llevará para ningún lado. Mañana será otro día, ahora debo mentalizarme en ir y hacer el trabajo para regresar lo más pronto posible y evitar fraternizar con la familia de Marisa».

En la tarde, Marisa llega al colegio para recoger a su hija.

—¡Mamiii! ¡Llegaste por mí! ¿Nos vamos donde mi abuelita Nana?

—Claro que sí, hija. Ya tengo todo en el auto y nos vamos directo desde aquí.

—¿Trajiste a Pepe, mi oso para dormir?

—Sí, lo traje.

—¿Y mis libros de cuentos?

—También los traje. Tendremos que parar en el camino para comer algo ligero hasta llegar donde tu abuelita, pero nada de comida chatarra.

—Está bien, mamá.

En ese momento suena el teléfono móvil de Marisa.

—Buenas tardes, licenciado. ¿Alguna novedad?

—¡Sí, licenciada! Nos fue muy bien con el comité. Se revisaron todos los contratos y todo está bien; solo unos detalles que hay que corregir, pero son algunas minucias que yo puedo resolver y preparar todo para enviar a firma con los clientes la próxima semana.

—Excelente noticia, ya me puedo ir tranquila. Estoy aquí, en el colegio de Ana, y nos vamos directo para la finca de mi abuelita; así que muchas gracias, licenciado Rodríguez.

—Disculpe, licenciada Sequeira, pero buena parte del mérito es para el señor Meléndez, que nos ahorró mucho tiempo y pudimos cumplir con el tiempo acordado.

—Tiene razón, licenciado, pero fue un trabajo en equipo, y espero que sigamos trabajando así.

—Que tenga buen viaje. Hasta el lunes.

—Hasta el lunes, amigo Rodríguez.

—¿Ya no vas a tener mucho trabajo, mamá? —pregunta Ana.

—Bueno, hija... Qué puedo decirte... Habrá días que tendré mucho y otros días tendré menos.

—Yo quiero que tengas menos trabajo para estar más tiempo contigo, mamá.

—Yo también, hija —le contesta Marisa con una profunda emoción mientras la abraza fuerte.

Al día siguiente, Juan se levanta muy temprano y se dispone a salir rumbo a la finca de doña Nana. Mientras termina de acomodar las cosas para salir, lo asaltan sus pensamientos: «Creo que tengo todo lo necesario, aunque prefiero llegar más temprano de lo habitual para salir antes del almuerzo. Espero que no se me complique el trabajo y termine rápido».

Durante la madrugada, en la finca de doña Nana, cuando aún está todo oscuro esta divisa a lo lejos un motorizado que se aproxima. Nana, que está levantada desde antes de que salga el sol, camina por los alrededores de la casa en sus actividades habituales en compañía de dos trabajadores de la finca.

—¡Buenos días! —saluda Juan a la anciana, que se dispone a iniciar sus labores cotidianas—. ¿Esta es la casa de la señora Nana?

—¡Sí, señor! Soy yo misma. Usted debe de ser Juan... Mi nieta Marisa llegó ayer en la tarde y me comentó que vendría hoy para arreglar el techo del invernadero. Pero me dijo que usted llegaría

a las ocho de la mañana, no lo esperaba tan temprano —le contesta Nana con la voz levemente apagada y con un toque de dulzura, mientras se abriga fuerte por el frío de la mañana—. Es raro que los perros no le ladren a usted, siempre ladran a los extraños... Y es increíble que se le acercaran como si lo conocieran; por lo que veo, se han hecho muy buenos amigos, especialmente de Skipper.

—Es normal, señora, me llevo muy bien con los animales. Los perros son mis amigos; si pudiera, tendría muchos perros en casa.

—Pase adentro Juan, que fuera está aún oscuro y frío. ¿Puedo ofrecerle un café y algo para que desayune?

—Con un café me basta, señora.

—Aquí tiene, Juan. Hace bastante frío aún. No tardará en llegar María, que me ayuda aquí en la casa. Estaba dándoles unas instrucciones a dos trabajadores de la finca hasta que usted llegó. Mi nieta me habló de cómo la ayudó con unos contratos; ella se siente muy agradecida, aunque no se lo exprese.

—Entiendo, señora. Su nieta es muy especial, y siempre que pueda ayudarla, podrá contar conmigo.

—Cuénteme un poco sobre usted, Juan —le pide Nana mientras se recuesta en su vieja mecedora ubicada en la parte central de la sala.

—Qué puedo decirle... Soy divorciado y tengo dos hijos que están en el extranjero trabajando. Le muestro en el teléfono fotos

de ellos: esta es mi hija Vanessa, que es arquitecta; y mi hijo Roberto, que es médico. Ambos viven en Europa.

—Son muy hermosos, sacaron sus ojos, Juan. Debe de estar muy orgulloso de ellos, que hoy día ambos son unos profesionales.

—Muy orgulloso, doña Nana. Esperando que formen su familia para poder disfrutar de los nietos; aunque ellos no tienen apuro, así que toca esperar.

—Yo disfruto mucho de la compañía de mi nieta Marisa y mi bisnieta Ana. Aunque le digo algo: entre usted y yo, Juan, no me agrada el pedante de su novio. Aún sigo sin entender qué le encuentra de interesante Marisa a ese tal Alejandro... No voy a negar que es buen mozo y buen partido, de buena familia; pero a mi parecer, no deja de ser un mantenido de sus padres que vive como si el mundo fuera suyo. Usted debe de conocerlo, Juan.

—Tuve el desagrado de conocerlo en la oficina.

—Ya me imagino el desaire y la incomodidad que le provocó.

—Bueno... Me provocó más darle un puñetazo en la cara por atrevido.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! ¡Ay, Juan, me ha hecho reír!

En ese instante se aparece Marisa en la sala de la casa.

—¿Qué hace tan temprano aquí, Juan?

Juan observa detenidamente a Marisa, que tiene puesto como pijama un suéter deportivo grande que solo le cubre hasta arriba de las rodillas y que deja entrever sus hermosas y bien

torneadas piernas. Marisa se da cuenta y se retira, muy nerviosa, al notar que Juan la observa.

—Disculpe, Juan, voy a cambiarme...

—No se preocupe. Buenos días, licenciada.

—Oiga, Juan, deje la formalidad para la oficina. Puede llamar a Marisa sin lo de licenciada y a mi Nana a secas, lo de señora me hace sentir vieja.

—Ay, señora... ¡Uy!, disculpe, Nana.

—Venga conmigo para mostrarle las filtraciones que hay que reparar en el invernadero, ya está saliendo el sol.

—Permítame ir a buscar algunas herramientas a la moto, Nana, y el producto para reparar las filtraciones.

Mientras Nana y Juan se dirigen a la parte posterior de la casa, Marisa los observa por la ventana y ve a lo lejos cómo Juan ayuda a su abuela a bajar las escaleras del sendero que conduce al invernadero. Después se dirige a la cocina para preparar el desayuno para ella y su hija.

—¿Cuánto tiempo le puede tomar reparar el techo? —le pregunta Nana a Juan.

—Pienso que a las dos de la tarde debe de estar listo, señora.

—Entonces puede quedarse a almorzar con nosotras. ¿Le gusta el estofado?

—No debe molestarse, yo puedo ir al pueblo a almorzar; no quiero incomodar a la licenciada.

—¿Sabe algo, Juan? Fui cónsul en Japón por diez años y, según la diplomacia, no se debe decir no a una invitación. Cuando un anfitrión le hace una invitación y usted le dice no, es considerado un acto de descortesía. Es mi invitado y almorzará con nosotras en casa. No quiero escuchar otra excusa sacada del sombrero, y ya no me diga señora, ¿entendido?

—Entendido, señora... digo Nana —contesta Juan bastante apenado.

—Voy a la casa a ver a Marisa y a Ana que ya debieron de levantarse. Si necesita algo, Juan, con toda confianza vaya a la casa.

—Sí, Nana, no se preocupe.

Mientras Juan coloca la escalera y prepara las herramientas, puede escuchar el sonido de los gallos, que con su canto anuncian la llegada del amanecer, y el hermoso sonido de la naturaleza que despierta en todo su esplendor. A lo lejos puede escucharse levemente el sonido de las olas que rompen en la orilla, ya que el lugar está muy cerca de la playa.

Al regresar Nana a la casa, encuentra a Ana sola sentada en el comedor mientras Marisa le prepara el desayuno.

—¿Quieres que te prepare algo para desayunar, Nana?

—Solo quiero una taza de café, ya desayuné algo bien temprano. Juan está en el invernadero. Me dice que puede estar terminando como a las dos de la tarde; lo invité a almorzar con nosotras.

—Me parece bien. Por lo menos terminará hoy mismo y podrá regresar a la ciudad sin mayor problema.

—Abuelita, quiero ir a ver al señor Gallo y ver las flores en el invernadero.

—Bueno, Anita... Pueden ir al gallinero a ver al señor Gallo; en el invernadero está Juan, que está reparando el techo, pero creo que no hay problema en que ustedes pasen un momento para mirar las flores. María recogerá todo cuando ustedes terminen de desayunar, va a preparar el almuerzo dentro de un momento.

—Ya sabes que tienes que bañarte cuando termines de desayunar... —sentencia Marisa a su hija.

—Pero mami, si no voy al colegio... ¿Para qué voy a bañarme?

—No es negociable, Ana. ¡A bañarse, cochinita! —exclama Marisa mientras hace cosquillas a su hija y le hace reír. Luego se dirige a su abuela: —No entiendo por qué llegó tan temprano Juan, cuando le dije claramente que tenía que estar a las ocho de la mañana, Nana.

—Qué puedo decirte, Marisa... Quizás tuvo la iniciativa de empezar temprano para terminar antes de que estuviera más calurosa la mañana. Por lo menos tiene iniciativa, no puedes pretender que todos sigan tus horarios, debes dejar de ser tan controladora, Marisa —le contesta Nana con incomodidad.

—Solo me sorprendió verlo aquí en el comedor, conversando contigo como si se conocieran de mucho tiempo. Me extrañó que los perros ni siquiera ladraron.

—¡Qué va! Por el contrario, estaban muy juguetones con él. A diferencia del antipático y pedante de tu novio Alejandro, que casi se lo comen vivo la última vez que vino... Debe de ser que le sintieron la mala vibra —comenta Nana en un tono burlón.

—Por favor, abuelita, no seas así con Alejandro. Sé que no te cae bien, pero tiene sus cosas buenas.

—Lo único bueno, Marisa, es que sus padres tienen mucho dinero, pero eso no garantiza tu felicidad. Vas a dar un paso definitivo con él y realmente siento que ni tú misma estás convencida de la decisión que estás tomando. No pretendo decirte lo que tienes que hacer y si es correcto o no, solo puedo decirte que escuches a tu corazón y que seas feliz.

—Estos días no han sido fáciles, abuelita. Últimamente me asaltan muchas dudas; hace algunos días, me quedé conversando con Juan en la oficina en la noche, los dos solos, y me sentí muy relajada. Quería que el tiempo se detuviera... Por un momento sentí que era yo misma, esa parte de mí que yo creía muerta estaba aflorando nuevamente.

—¿Te gusta Juan?

—¡No! ¡En absoluto, abuelita! Es solo que me sentí bien con él cuando conversamos esa noche, siento que puedo ser yo

misma... Aparte de que eso sería imposible: él es mucho mayor que yo y nos separan muchas cosas.

—A ver, ¿como cuáles, Marisa? —le pregunta Nana mientras la mira fijamente.

—Su edad, nuestras diferencias de gustos... Profesionalmente no seríamos compatibles, y menos socialmente. Y aparte, no es el tipo de hombre que me llame la atención. Me siento bien con Juan cuando conversamos, como con cualquier persona, eso es todo.

—¿O sea, que el problema es que Juan es un hombre viejo sin fortuna y apellido?

—No quería decirlo..., pero sí. Además, no entiendo por qué hablamos de él como si fuera una posibilidad. Ni siquiera me atrae, abuelita.

—Me gustaría saber, ¿si Juan fuera un rico heredero con apellido y fortuna, le darías la oportunidad? Y la que lo mencionó fuiste tú. Si vieras cómo se te iluminó el rostro cuando hablaste de la noche que se quedaron conversando juntos... Estoy segura de que no tienes ese mismo entusiasmo con Alejandro.

—Yo quiero mucho a Alejandro y es el hombre con el que me voy a casar; sé que tiene sus defectos, pero es absurdo compararlo con Juan.

—Lo puedes querer, ya sea por costumbre o por conveniencia, ¿pero lo amas realmente? Debes hacerte esa pregunta y contestártela a ti misma, y no cometer un segundo error.

En ese preciso instante Ana entra a la sala.

—¡Mamá, ya estoy lista para salir!

—Vamos, cariño. Debes ponerte este sombrero para protegerte del sol.

—¡Diviértanse! María y yo nos encargaremos del almuerzo.

—Quiero ir al gallinero, mamá, para saludar al señor Gallo.

—De acuerdo, pero ya sabes que no debes tocar los huevos de las gallinas que están en el nido.

—Sí, mami. ¿El señor Juan es el que trabaja contigo en la oficina? Escuché que conversabas con mi abuelita de él.

—Eres muy curiosa, Ana —le dice Marisa a su hija al mismo tiempo que coloca un gran sombrero en su pequeña cabeza para protegerla del sol.

—Me gusta escuchar —finaliza Ana con una risita picaresca.

—Abuelita, ¿me cuidas las muñecas que dejé en la cama?

—Por supuesto, Anita, vayan y diviértanse.

Mientras caminan por el sendero que las lleva hacia el invernadero, que se encuentra a unos cien metros de la casa, Marisa le da algunas indicaciones a su hija.

—Por favor, Ana, no le hagas tantas preguntas al señor Juan, a las personas a veces les incomoda.

—Está bien, mamá, no le haré preguntas.

—Buenos días, señor Meléndez —saluda Marisa a Juan cuando se encuentran.

—¿Cómo está, licenciada Sequeira? ¿Y cómo amanece la pequeña princesa Ana?

—¿Usted es el que trabaja con mi mami?

—Por favor, Ana, ¿qué hablamos? —le increpa Marisa a su hija en un tono molesto.

—Así es, pequeñita, todo el día trabajo con su mami en la oficina. Estamos fuera de la oficina, licenciada Sequeira, podemos tratarnos sin tanta formalidad.

—Está bien, Juan.

—A ver, pequeña Ana, ¿te gustan las flores?

—Me gustan mucho, en las bodas y los novios que las regalan —contesta Ana con timidez.

—¿Sabes que también los amigos regalan flores? No tienen por qué ser novios, así que te regalo una flor. Es un tulipán amarillo, como símbolo de una nueva amistad. —En ese instante Juan le coloca la flor en la oreja a Ana y saca otra flor, un lirio rojo, que le coloca también a Marisa en la oreja.

—Ay, señor Meléndez, no tiene por qué hacerlo —reacciona Marisa un tanto apenada.

Ana entra al invernadero por curiosidad para observar las diferentes especies de flores, por lo que Marisa y Juan se quedan solos conversando.

—Qué puedo decirle licenciada... Tendré que pagarle las flores a su abuela con dinero o trabajo —bromea Juan mientras ambos se ríen.

—Usted es un tanto atrevido, señor Melendez.

—Disculpe, licenciada, solo fue un pequeño gesto de caballerosidad.

—Puede llamarme Marisa, sin lo de licenciada, Juan.

—Ah, okey. No hay problema, Marisa.

—Nunca te había imaginado con ropa deportiva, Juan. Te va muy bien.

—Debe de quitarme, por lo menos, una docena de años. ¡Ja, ja, ja, ja!

—Tu edad está bien, y como estás vestido, también —dice Marisa mientras lo observa de arriba hacia abajo haciendo un gesto de aprobación con la mano.

En ese momento sale Ana del invernadero.

—¿Mami, podemos más tarde ir a la playa?

—Creo que sí, Ana. Después del almuerzo.

—¿Y el señor Juan nos puede acompañar?

—No sé si Juan va a estar aún ocupado, cariño.

—Qué puedo decirle, pequeña Ana... Voy a tratar de terminar lo más rápido posible; le prometo que las acompañaré y construiremos castillos de arena en la playa, ¿te parece?

—¡Síííí! —contesta Ana con un gran entusiasmo.

—Gracias, Juan, por el detalle conmigo y con mi hija —finaliza Marisa con una gran sonrisa en el rostro.

—El placer es mío, Marisa —se despide Juan mientras observa los bellos ojos azules de Marisa, que hacen juego con el hermoso cielo azul que se encuentra totalmente despejado.

—Vamos a ver al señor Gallo, Ana.

—¡Me lo saludan de mi parte! —grita a lo lejos Juan en un tono jocoso.

En las oficinas de Grupo Cybex, Alejandro se reúne con su prima Regina.

—¡Hola, Regina! Te he citado aquí porque quiero pedirte algunas cosas.

—A ver, dime, Alejandro.

—Quiero que dejes en paz a Marisa. Entiendo que aún estás molesta porque no obtuviste el puesto que te correspondía, pero debes aceptarlo y entender que no se puede revertir esa decisión.

—Mira, primito... Te explico que ya eso quedó en el pasado, solo hago mi trabajo y cuido los intereses de mis padres, que también son accionistas de esta empresa, por lo que estoy fiscalizando que todo se haga de forma correcta.

—Te conozco, prima, y eres muy competitiva. Nunca te ha gustado perder. Sé que esperas que Marisa dé un paso en falso para sacar partido de la situación y obtener su puesto. Eso no sucederá, Regina, te digo que Marisa es una mujer muy inteligente y dudo que mi padre la saque del puesto, a menos que ocurra algo que ponga en riesgo la empresa. Espero que también

vayas a la fiesta de compromiso el próximo fin de semana; me gustaría verte allí, al fin y al cabo, somos familia.

—No entiendo, Alejandro, cómo teniendo tantas oportunidades con distinguidas damas de nuestro círculo social, te decidieras por una madre soltera. ¿También te tocará criar a una hija que viene en el paquete?

—Ese es un tema que tendré que resolver a corto plazo, pero, les guste o no, Marisa será mi esposa. Yo sé que mi padre no está muy contento con mi decisión, pero tengo el derecho de elegir con quién casarme. También quiero pedirte que dejes de hostigarla, me he dado cuenta de que haces auditorías a cada momento buscando un pretexto para dejarla mal con el viejo. ¿Acaso no te cansas, Regina Duarte?

—Te repito, Alejandro, que lo hago solo por cuidar los intereses de mis padres, que también son socios de esta empresa. Esa mujer te tiene totalmente embrujado y ves cosas que no existen. Creo que mejor me retiro, tengo mucho trabajo que hacer, y seguir con este tema no conducirá a ningún lado, primito. Hasta pronto.

—Espero verte en mi fiesta de compromiso, prima —le insiste Alejandro.

Mientras transcurre la tarde en la finca de doña Nana, se disponen todos a almorzar en la mesa del comedor principal.

—Todo está delicioso, Nana, y ese sabor a leña a la comida le da un toque especial —comenta Juan mientras degusta el delicioso estofado.

—Tengo que darle el crédito a María, que es una de las mejores cocineras de la región. ¿Verdad, María?

—Gracias, doña Nana, pero sin su ayuda no lo habría logrado —contesta María, quien comparte almorzando con ellos en la mesa, un tanto apenada.

—No sé qué te parece, Marisa, si le pido a Juan que se quede aquí a dormir para que mañana me pueda reparar la cerca de la entrada de la finca.

—No tengo ningún inconveniente, Nana, pero no sé si Juan tiene algún compromiso. Y no traje ropa, por lo que dudo pueda quedarse.

—Sííí... ¡Será muy divertido si Juan se queda con nosotras, mami! —interrumpe Ana con un marcado entusiasmo.

—La verdad es que no tengo ningún compromiso, pero no traje ropa para cambiarme. De verdad que me siento honrado por la invitación a quedarme, para repararle la cerca, claro.

—No se preocupe, amigo Juan, tengo ropa limpia que mis sobrinos dejan aquí, y creo que hay de su talla. ¿Qué dice, Juan? ¿Se queda aquí con nosotras? —le insiste doña Nana.

—Está bien Nana, me quedaré esta noche y mañana temprano le reparo la cerca, solo con esa condición.

—Marisa le mostrará la habitación donde dormirá, Juan. ¿Te sucede algo, Marisa? Te siento muy pensativa.

—No es nada, Nana, solo que estaba pensando en mi madre, que no quiso acompañarnos y me hubiera gustado que estuviera aquí con nosotras.

—Nunca podré entender por qué a mi hija Antonia le gusta mantenerse aislada. Muchas veces la he llamado por teléfono invitándola para que venga a quedarse unos días aquí conmigo y respire un poco de este aire fresco de la montaña, pero prefiere quedarse encerrada en ese frío y pequeño apartamento. De verdad que, a pesar de que es mi hija, no la entiendo —finaliza doña Nana con un poco de melancolía.

—Mami, ¿vamos a ir a la playa con Juan?

—¡Por supuesto, princesita! —contesta rápidamente Juan—. Si desean, ustedes pueden adelantarse, que yo recogeré todo para fregar la vajilla.

—No tiene que hacerlo, Juan. María y yo nos ocuparemos de eso.

—De ninguna manera, Nana. Yo voy a ayudarlas.

Juan procede a recoger todos los platos de la mesa y se dirige al fregador.

—Marisa...

—Dime, Nana.

—¿De dónde sacaste a ese hombre tan guapo, atento y con tanta iniciativa?

—Ja, ja, ja, ja. ¿Lo dices porque va a fregar los platos?

—Es que es muy voluntarioso. ¿Notaste que siempre tiene una sonrisa para todo? Y en este corto tiempo Ana ya le ha tomado mucho cariño.

—Sí, Juan es un sol que cuando entra a algún lugar nos deslumbra a todos... Uno siente su buena energía.

—Muy diferente al patán de tu novio, que cuando vino aquí era como una nube negra que todo le incomodaba y molestaba. Que si hacía calor, que por qué no teníamos aire acondicionado en toda la casa, que si el agua era del grifo o de botella... No joda ese novio tuyo.

—Hay, abuelita, no seas tan dura con él. Le cuesta acostumbrarse al campo, pero ya poco a poco él se adapta, solo dale tiempo.

—No es por querer comparar, pero si Alejandro tuviera la personalidad de Juan, sería maravilloso. Pero bueno, la madre naturaleza no se puede forzar.

—Las comparaciones son odiosas, Nana. Mejor cambiemos de tema.

—Yo me voy a ver si Juan ya terminó de lavar los platos para después ponerlo a alimentar las gallinas, ¡ja, ja, ja, ja!... Disculpa, Marisa, fue un mal chiste.

Juan llega en ese momento y comenta:

—Ya estamos casi listos, Nana. Por suerte, María me ayudó a guardar toda la vajilla. Me comentaba que su difunto esposo alguna vez fue dueño de toda esta región.

—Así es. Mi esposo, que en paz descanse, don Horacio Sequeira, fue terrateniente de todo esto. No alcanzaba la vista para ver dónde terminaban sus tierras. Cuando murió dejó un testamento donde dejaba muy claro que quería que se repartieran todas las tierras con los campesinos que habían trabajado con él toda su vida; fue una decisión muy difícil, Juan, pero la familia la aceptó, ya que fue su última voluntad. Su sentido humanitario le hizo pensar que dejar mucho en manos de pocos no era lo que él quería, así que dejó el 80 % de sus tierras en manos de quienes lo necesitaban, y el otro 20 % son algunas propiedades muy valiosas que administra una firma de abogados, entre las que se encuentra esta finca y otras propiedades adicionales de un alto valor.

—Interesante lo que me cuenta, Nana, y un gesto muy altruista de su esposo.

—Marisa tiene mucho de su abuelo: ese carácter fuerte y decidido, y a la vez ese sentido humanitario y de solidaridad con los que menos tienen.

—De verdad que es una historia de su familia muy interesante.

—Estas tierras me las dejó mi esposo y yo respeté su legado repartiendo el resto entre los campesinos; de nada nos sirve acumular riquezas si no te llevas nada cuando mueres.

—La verdad, Nana, no soy un hombre de grandes ambiciones; tampoco soy conformista, pero si hay algo que me hubiera encantado es ser más solidario con los que menos tienen. Aunque para eso se necesita tener, para poder dar.

—Me gustaría que viniera más seguido por aquí, Juan, es muy agradable conversar con usted. Marisa y Ana están fascinadas con su compañía.

—¿Usted lo cree, Nana?

—No solo lo creo..., lo he visto, Juan —afirma Nana al tiempo que dibuja una gran sonrisa en su rostro.

Juan no puede disimular su entusiasmo al escuchar el comentario final de Nana. En ese momento aparece Marisa.

—Estamos listas. Juan, ¿te vas a cambiar?

—Voy a probarme algo de ropa que me acaba de dejar Nana en la recámara. Permítame unos cinco minutos, Marisa.

—Ana y yo te vamos a esperar en la terraza frontal de la casa.

—No voy a demorar mucho, licenciada... digo... Marisa.

Minutos más tarde, Juan sale de la recámara vestido con un atuendo mucho más *sport*: un pantalón corto por arriba de la rodilla y un suéter verde olivo que le queda bastante ajustado y que deja entrever su figura atlética.

—¡Estoy listo!

—¡Mira, Juan! Llevo mi palita y mi cubo para hacer figuras en la arena —le muestra Ana entusiasmada.

—¡Vaya, Juan! Qué bien te quedó la ropa, te ves irreconocible. El suéter, un poco justo, pero te queda muy bien.

—Me siento con un poco de vergüenza, Marisa.

—No seas tonto, Juan. Vamos caminando, que se nos hace tarde. María nos va a acompañar.

Mientras caminan por los angostos senderos cubiertos del follaje de los grandes árboles que proyectan su sombra en el pequeño camino que los lleva hacia la playa, Ana avanza adelante observando la imponente naturaleza; la señora María la escolta muy de cerca para cuidarla y le indica los nombres de las plantas.

—Mire, señora María. ¿Esa planta cómo se llama?

—Costilla de Adán, porque parece una costilla.

—¿Y por qué no se llamó costilla de Eva? —pregunta Ana un poco confundida.

—Qué puedo decirle, señorita Ana... Ja, ja, ja. Es el nombre que siempre ha tenido.

Más atrás caminan Marisa y Juan, que mantienen una amena conversación.

—¿Te puedo hacer una pregunta un tanto... personal?

—Sí, por supuesto, Marisa. ¿Qué desea preguntarme?

—¿Por qué te separaste de tu esposa? Y no te sientas obligado a contestarme.

—No tengo problemas en contestarle. La relación con mi esposa se deterioró cuando nuestros hijos se fueron a estudiar al extranjero. Diana y yo no supimos manejar la soledad cuando

ellos dejaron la casa; a pesar de que intentamos salvar nuestro matrimonio en varias oportunidades, terminamos por entender que seríamos más felices si nos separáramos. Un año después, ella conoció al que actualmente es su esposo y decidieron casarse... A veces el tiempo que transcurre junto a tu pareja no es garantía de que vaya a ser para siempre.

—¿Y cómo lo asimilaste?

—La verdad es que me costó mucho asimilarlo, pero ya me he acostumbrado a la soledad. Mis hijos ya tienen su vida encaminada y mi exesposa es feliz con su nueva pareja; yo sigo amando a Diana y tengo guardados los mejores años de mi vida con ella, pero el destino es quien determina realmente las cosas.

—¿Y ahora eres feliz, Juan?

—Qué puedo decirle, tengo trabajo, salud y una hermosa jefa que tiene una bella familia con la que comparto.

—Gracias por el cumplido, Juan.

En ese instante, Ana grita emocionada mientras divisan el paisaje desde el sendero que está en lo alto de la pequeña colina que lleva a la playa.

—¡Mira, mami! ¡Qué bonito se ve el océano!

—Es verdaderamente hermoso, un paraíso para disfrutar al máximo.

—Así es, Juan, para disfrutar al máximo —afirma Marisa, y llama la atención de su hija—: ¡No corras, Ana, que te puedes

caer! Su entusiasmo no le hace medir el peligro de este sendero... Por favor, María, no deje que se aleje tanto.

—No se preocupe, señora, estaré pendiente de ella.

Juan decide alcanzar a paso acelerado a Ana, que, emocionada, camina sola el resto del sendero que lleva a la playa. Él, de forma rápida y calculada, toma a Ana y la sube a sus hombros. Ella grita entusiasmada.

—¡Mira, mami! Juan me lleva en sus hombros y puedo ver todo desde aquí arriba.

Al llegar cerca de la orilla del mar, Marisa les da indicaciones.

—Vamos a sentarnos debajo de este frondoso árbol que nos dará sombra, no vayan a insolarse mucho, aunque ya el sol está bastante ligero y la marea está subiendo.

—¡Como usted diga, capitán! —bromea Juan mientras realiza el típico saludo de marinero.

—Sííí, Juan, mami es la capitana porque le gusta mandar siempre —se suma Ana al comentario de Juan con una leve risa de complicidad.

—Están muy chistositos los dos —contesta Marisa con una gran sonrisa, sin ocultar su desbordante alegría.

—Vamos a remojarnos un poco para refrescarnos. Vamos, señora María, y Ana... ¿Marisa, no vienes con nosotros?

—Voy a quedarme un rato aquí en la sombra a verlos a ustedes y después los alcanzo en un momento. María, esté

pendiente de Ana, que es muy inventora y aún no sabe nadar; aunque el oleaje esté suave, no se confíen.

—¡Por supuesto, capitán! —Juan vuelve a hacer el típico saludo marinero y Ana lo emula mientras ambos ríen al mismo tiempo y salen corriendo hacia la playa.

—Ustedes son tal para cual.

—¿Vamos a construir castillos, Juan?

—Sí, claro, vamos a construir uno justamente aquí donde la arena está un poco húmeda.

No puedo evitar sentir una fuerte emoción al ver a Juan cargando sobre sus hombros a mi hija... Es como el padre que nunca tuvo Ana. Un hombre sin fortuna y un tanto mayor; es lo más cercano que tengo en este mágico momento.

La tarde está muy hermosa, con un cielo despejado azul tenue, acompañado de una brisa suave. La playa, de unos dos kilómetros de frente de litoral, es de una hermosa y fina arena blanca. En este momento la marea ya está subiendo con olas que apenas llegan a la orilla y dejan entrever tonos azules y turquesa en la parte más profunda. Pueden divisarse pequeños cangrejos que observan de lejos a los nuevos visitantes.

Yo me sumo a Juan y a Ana para hacer castillos de arena los tres juntos mientras María nos observa de cerca.

Y así pasamos el resto de la tarde disfrutando del hermoso entorno.

—Vamos al mar, Marisa, no le temas al océano —dice Juan en un tono retador.

—Está bien. Espero que el agua no esté muy fría.

—Me encantan sus pecas, señora Sequeira —comenta Juan mientras señala sus hombros.

—¿En serio te gustan mis pecas, Juan?

—No me gustan, ime encantan! —responde él al mismo tiempo que dibuja una gran sonrisa en la arena con una rama.

—¿Te gusta el mar?

—Desde niño siempre me ha encantado, mucho más que el río. Me identifico más con el mar, siempre imponente y a la vez sereno, y en lo más profundo podemos encontrar la verdadera tranquilidad.

—¿Siempre eres así de filosófico y soñador?

—Cuando se tiene una excelente compañía, uno se inspira, ¿no?

— Te digo algo, Juan, de niña, yo siempre fui un poco retraída y callada. No soy de aventurarme mucho; de estudiante, mientras que mis compañeros salían y se divertían, yo me quedaba estudiando toda la noche para obtener buenas notas. Eso me ayudó a obtener una beca completa y a estudiar en el extranjero. Siempre establecí como prioridad mis estudios, aunque a veces

me lamento de no haber hecho algunas cosas que hubiera querido hacer.

—¿Como cuáles?

—Me hubiera gustado aprender a tocar el piano y bailar *ballet*... Pero con el tiempo, esos deseos se desvanecieron. Ahora me encanta estar más enfocada en los negocios. Es interesante conversar contigo, Juan, siento que podemos tocar diversos temas sin aburrirnos.

—Es mutuo ese sentimiento. Gracias por la confianza, Marisa.

—A ti, Juan, por compartir con nosotras.

En ese momento sus miradas quedan entrelazadas como tratando de descifrar cada uno los pensamientos del otro. Hay en ellos un sorbo de complicidad que, junto con el paisaje de la playa, ofrece el escenario ideal para el momento.

—¡Mami! —Se acerca Ana corriendo hacia ellos—. Tengo un poco de hambre.

—Creo que abuela Nana nos alistó algunas cosas ricas para merendar. Vamos para que comas algo, pero debes limpiarte la arena, hija.

—No te preocupes, Marisa. Yo la llevo a remojarse un poco para que se limpie —se ofrece Juan al mismo tiempo que toma de la mano a Ana y la lleva a la orilla.

Yo observo desde lejos la interacción que tiene Juan con mi hija y veo cómo disfruta ella al lado de un hombre que remotamente podría ser mi pareja. La naturaleza de ese hombre que se ha ganado el cariño de Ana en tan poco tiempo me sorprende y la vez me asusta... Su forma de ser tan espontánea ha calado muy fuerte en nosotras y puede convertirse en un fuerte lazo que, con el tiempo, sea difícil de romper... Y eso realmente me preocupa.

—Juan es muy bueno con su hija y le tiene mucha paciencia —comenta la señora María a Marisa, mientras observan cómo ambos juegan en la playa.

—De verdad que sí, no había visto a Ana tan entusiasmada con alguien desde hace mucho tiempo. Juan es muy especial.

En ese momento regresan Juan y Ana.

—Mami, Juan me enseñó unos pececitos de colores que estaban en la orilla y uno estaba atrapado en la arena, Juan lo liberó y el pez regresó al mar.

—Cuando Ana esté más grande me gustaría enseñarle a montar las olas.

—¿Sabes hacerlo, Juan?

—De joven vivía cerca de la playa y tenía mi tabla para surfear; era muy liberador y emocionante.

—Yo quiero aprender a surfear cuando esté más grande, Mami. Que Juan me enseñe.

—No lo sé... Siento que es muy peligroso.

—Vamos a darle tiempo al tiempo, pequeña princesita. Pero de algo estoy muy seguro: que cuando cumpla sus quince años yo le voy a regalar su primera tabla para surfear.

—¡Síííí! —contesta Ana muy emocionada mientras se come su emparedado.

—Ya veremos, falta mucho tiempo para que ese día llegue.

—Caminemos un poco por la playa, Marisa. ¿Le parece?

—No se preocupe, licenciada, yo me quedo aquí cuidando a Ana —interviene María.

—Está bien, pero no nos alejemos mucho, que ya pronto tendremos que regresar.

—Camina con Juan, mami. Y que te diga los nombres de los caracoles.

—Sobre todo, que Juan es un experto biólogo, hija. ¡Ja, ja, ja!

Ambos caminan por la orilla de la playa mientras el agua remoja ocasionalmente sus pies, ya que la marea está subiendo. El sonido del mar y de las gaviotas crea una atmósfera natural en el entorno, y junto con los colores de la hermosa playa forma un ambiente propicio para liberar el alma.

—Quiero agradecerte Marisa la oportunidad de poder compartir con Ana. Ella es un sol, y de verdad que me ha encantado pasar el día con ustedes.

—Te comento algo muy personal, Juan... El papá de Ana nunca se ocupó de su rol de padre, y me ha tocado a mí hacerme cargo de mi hija todo este tiempo.

—Entiendo... Ella la quiere mucho, Marisa, pero quiere más atención suya... Debido a los compromisos de trabajo, el tiempo para ella es reducido, y puedo entenderlo.

—Quisiera pasar más tiempo con ella, Juan, pero ambos sabemos cómo son las cosas en la oficina.

—Puede contar conmigo cuando necesite que la apoye con Ana. Si necesita que la ayude con las tareas, que vaya a buscarla al colegio, etcétera, lo hago con sumo placer. Y no tiene que pagarme nada.

—¡Cómo se te ocurre, Juan! No quiero molestarte. Tú debes de tener tus compromisos y tus cosas que hacer. No te preocupes por nosotras, vamos a salir adelante.

—Igual siempre voy a estar disponible cuando ambas me necesiten.

—¿Siempre fuiste así con tus hijos, Juan?

—La verdad, no. Mis hijos de pequeños eran muy diferentes a Ana, ellos estaban más apegados a su madre que a mí por razones fuera de mi control. Yo hubiera querido darles más tiempo en familia, pero en ese momento Diana se había quedado sin empleo y me tocó trabajar duro, hasta dos turnos seguidos, para que nada faltara en casa. Fueron tiempos difíciles, pero no es excusa por no haber compartido con ellos por dedicarme a trabajar.

—Entiendo. Es difícil a veces elegir las prioridades sin que nadie salga afectado, como me ocurre con Ana.

—Es una situación similar, pero debe buscar la fórmula para estar más tiempo con ella.

—Te confieso que hay momentos en los que tengo conflictos conmigo misma y a veces no sé quién soy. No es fácil para mí ejercer el rol de madre y ejecutiva a la vez; hay ocasiones en las que quisiera salir corriendo y dejarlo todo, pero me doy cuenta de que mi hija me necesita.

—Es normal y comprensible, Marisa. No somos de piedra y, como cualquier mortal, tenemos momentos difíciles.

—Dime, ¿cuál ha sido el momento más difícil por el que has atravesado?

—La verdad, Marisa, fue hace mucho tiempo y no quiero recordarlo. Es un capítulo de mi vida que cerré y dejé atrás.

—Entiendo, y no estás obligado a contármelo.

—A veces hay cosas que es mejor dejar enterradas en el pasado.

—Tienes razón, Juan. Ya es hora de regresar a la casa.

—Sí, claro.

—No quiero que Nana se preocupe porque tardemos.

Al regresar donde está la señora María con Ana, deciden ya volver a la casa.

—Es hora de irnos, Ana. Vamos a recoger todo, señora María.

—¿Puedo regresar en los hombros de Juan, mami?

—No sé si Juan podrá soportar la caminata de regreso a la casa cargándote en sus hombros, hija... Hay subidas muy largas de regreso.

—Vamos a complacer a la princesa.

—Pienso que no deberías hacerlo, Juan... Por tu....

—¿Por mi edad? Sé que no soy tan joven, pero tampoco soy un anciano.

—¡Mami, Juan es bien *juerte!*

—Así es, mi pequeña princesa, isoy muy *juerte!* Ja, ja, ja, vamos a subirla a mis hombros. *¡Ups!*

Marisa observa la determinación de Juan de llevar a Ana en sus hombros y sabe que hace un gran esfuerzo, ya que el camino de regreso es bastante largo y empinado.

Llega la noche en la finca de doña Nana con sus cientos de sonidos de la fauna silvestre que brinda un concierto de melodías de la naturaleza. El cielo despejado se ve iluminado por miles de estrellas debido a que es un área rural y no hay contaminación lumínica. Ya dentro de la casa se pueden oír risas y conversaciones mezcladas con la inconfundible voz infantil de Ana.

—Abuelita, cuando yo sea grande como mi mamá, quiero tener una casa en el campo como la tuya para relajarme.

Hay un momento de silencio y a continuación todos empiezan a reír a carcajadas.

—Eres muy ocurrente, Ana, y también perceptiva —comenta su abuela.

—Claro que sí, hija, todos necesitamos un oasis de tranquilidad. No está mal tener un lugar donde te sientas libre y sin presiones, donde puedas descansar sin que nadie te altere.

—Entiendo, mamá, pero trabajas mucho y casi no te veo; solo te veo en la noche cuando me recoges en casa de mi abuela Antonia.

—¿Me permites, Marisa, explicarle a Ana? —interrumpe Juan.

—Sí, claro.

—Mira, Anita... Tu mami tenía que entregar unos informes muy importantes en la empresa, por eso tuvo que trabajar hasta tarde toda la semana. Estoy seguro de que ella va a estar más tiempo contigo en el futuro y podrá ayudarte a hacer la tarea, ir de compras juntas y más cosas.

—¿Y tú irás a visitarme a la casa para enseñarme a dibujar?

—Por supuesto. Después de hoy seremos amigos inseparables, ¿te parece?

—Sííí —contesta la niña con mucha alegría.

—Es hora de que te vayas a acostar, Ana —le dice Marisa a su hija mientras le señala el reloj que está en la pared.

—¿Me puedes leer un cuento, Juan?

—Oiga, niña, acaba de conocer a Juan ¿y ya quiere que le lea un cuento? —comenta Marisa con tono de sorpresa.

—No tengo ningún problema. Vamos, princesita, es hora de sumergirnos en el mundo de las fantasías. A ver qué tenemos aquí... Dos libros de cuentos: ¿La princesa del castillo? ¿O El ogro del bosque? Yo recomiendo el de La princesa del castillo, para que duermas más tranquila.

—¡Sííí, vamos! —exclama Ana mientras lo toma del brazo para que la acompañe.

Juan acompaña a la niña a la habitación y Nana aprovecha que está sola con su nieta para conversar.

—De verdad que Juan me sorprende cada minuto. Tiene una facilidad tan natural en él que uno difícilmente puede dejar de quererlo. Y no me has contado, ¿cómo les fue a ustedes en la playa?

—Qué puedo decirte, abuela... Por primera vez en mucho tiempo me sentí muy feliz, tengo que reconocer que Juan saca lo mejor de mí. Y tenías que ver a Ana, cómo se ha divertido con él; no la había visto tan contenta en mucho tiempo. Pero te aclaro que no quiero confundir las cosas, y menos que él se haga una ilusión remota conmigo. Yo solo puedo verlo como a un amigo, solo eso, abuela.

—Me imagino que por la edad y por lo que ya hemos conversado.

—No quiero sonar materialista, y mucho menos clasista, pero sabes muy bien que en cierta forma todo influye. Veo difícil estar al lado de un hombre que no está a mi nivel profesional. Tú

sufriste mucho cuando te casaste con el abuelo Horacio, y más por la discriminación de no estar a la altura de él, al punto de que lo desheredaron.

—Es cierto, Marisa, a tu abuelo le tocó empezar de cero y trabajar duro. Pero jamás nos separamos ni lo abandoné. Me dio los mejores años de mi vida y te puedo decir que valió la pena el sacrificio.

—Entiendo, pero eran otros tiempos. Hoy día, el amor ha quedado relegado a un segundo plano y se ha perdido ese sacrificio. Es muy difícil que parejas que no están al mismo nivel en todos los aspectos puedan convivir sin ser discriminados. Conozco muchos casos, y sé de algunas amigas mías cuyas relaciones no funcionaron.

—Ay, Marisa, solo puedo decirte algo... ¡Al diablo todo y las reglas de la sociedad! Sigue tu corazón y no tu cabeza; si no, serás una mujer de buena posición, pero infeliz. No tengo nada en contra de Alejandro, pero ¿cuántas veces cargó a tu hija en los hombros? ¿Construir castillos de arena con ella...? ¿Contarle un cuento antes de dormir...? No solo es un esposo lo que estás adquiriendo, también un padre para tu hija; debes pensar en Ana y en el futuro que le depare a ella.

—Ya Ana tiene su vida asegurada, abuela.

—¿Y su felicidad también la tiene asegurada? Debes replantearte mejor las cosas, Marisa, y ver cuáles son tus verdaderas prioridades.

Marisa queda pensativa ante las contundentes palabras de su abuela y se levanta lentamente.

—Voy a dar un vistazo, a ver si ya Ana se durmió.

Al llegar a la recámara, Marisa se queda observando desde la entrada con la puerta entreabierta y presencia una escena que la conmueve.

—¿Cuando regresemos a casa podrás ir a contarme un cuento, Juan?

—La verdad... no sé si podré ir, pero lo intentaré, princesita.

—¿Tú le contabas a tus hijos cuentos antes de dormir?

—Todas las noches.

—Me gustaría que me contaras cuentos todas las noches. Me gusta cuando haces las vocecitas, puedo imaginármelo todo en mi mente.

—Creo que es hora de que te duermas para que mañana recibas la flor mágica del príncipe.

—Sííí... Hasta mañana, Juan.

Mientras Juan la cubre con la cobija, Ana lo toma de la mano y, con mucha sutileza, le dice:

—Te quiero, Juan.

Juan, con la otra mano, acaricia con ternura el cabello largo y lacio de Ana, mientras ella está entrando en un profundo sueño.

Marisa, al ver esta escena desde lejos, se llena de una profunda emoción que humedece sus ojos y regresa rápidamente donde está su abuela, muy perturbada por lo que ha presenciado.

—¿Te ocurre algo, Marisa?

—Nada, abuela. Solo que me siento muy emocional.

Minutos después Juan regresa, una vez que Ana está dormida.

—Prácticamente le tuve que leer dos cuentos. Ana es una niña muy despierta y analítica, me hacía preguntas en cada capítulo del cuento y a veces me sentía en aprietos. Pero lo disfruté mucho.

—Ana salió a su madre, que es muy analítica... sobre todo — contesta Nana lanzando a Marisa una indirecta.

—Creo que es tarde..., voy a acostarme ya. Que tengan buenas noches —se despide Marisa de forma cortante.

—Hace una noche muy hermosa, Marisa. Podríamos salir al jardín a conversar un poco..., si no estás muy cansada. —le propone Juan mientras la mira con un gesto de súplica.

Nana observa todo desde su cómoda mecedora con cierta complicidad.

—Apenas son las ocho de la noche, Marisa, y mañana es domingo. No veo por qué no puedes salir con Juan a conversar un momento... Yo, mientras, voy a la cocina a ver qué hago mañana para desayunar. Los dejo mientras deciden ustedes.

—Está bien, Juan. Vamos al jardín.

—Espera un momento, que voy a buscar algo. —Juan se marcha y vuelve al rato exclamando—: ¡Mira, Marisa: dos tapetes de piso! —le muestra a Marisa emocionado.

—¿Para qué traes eso?

—Para acostarnos en el césped y observar las estrellas como lo hacías de pequeña, según me contó tu abuela.

—¡Ja, ja, ja, ja! Eres ocurrente. Eso lo hacía de niña... Debe de haber muchos bichitos y animalitos por el césped, no creo que sea buena idea, Juan —le contesta Marisa un tanto pesimista.

—No te preocupes, revisaré el área para asegurarte que no tengamos animalitos que te incomoden.

Mientras Juan revisa el área y coloca los tapetes en el piso, Marisa observa el inmenso cielo estrellado, con la luna en su máximo esplendor iluminando toda la llanura. Corre una leve brisa fría mientras ambos se acuestan en el césped del jardín mirando hacia el cielo.

—Mira qué hermosa está la noche. Podemos dedicarnos a contar las estrellas del cielo.

—Qué cursi eres, Juan. Pero de verdad está linda la noche, no lo puedo negar. Jamás me hubiera imaginado estar acostada en el césped aquí, contigo, viendo las estrellas. ¡Mira! ¿Lo viste, Juan? —exclama emocionada Marisa al tiempo que señala hacia el cielo en el instante que cruza el cielo una estrella fugaz.

—Sí lo vi, y pedí un deseo. ¿Tú también lo pediste, Marisa?

—Ja, ja, ja, ja, yo no soy de pedir deseos, pero tengo curiosidad por saber: ¿cuál fue el tuyo?

—Mi deseo se cumplió hace un momento.

—¿Y cuál fue ese deseo?

—Compartir con una familia maravillosa.

Se produce un corto silencio y Marisa desea que ese preciso momento perdure para poder disfrutarlo. Juan observa con atención los hermosos ojos azules de Marisa, que destellan con un brillo de sensualidad y coquetería, mientras su larga cabellera se mueve lentamente con la brisa fría de la noche.

—Hoy fue un día muy lindo contigo, Juan, y mi hija te ha tomado mucho cariño... Pero el lunes en la oficina todo será distinto, no quiero que traspases ciertas barreras por la confianza que te he dado al conocer a mi familia. Mantengamos la distancia entre lo personal y lo laboral.

—Estoy anuente, el lunes será distinto. Puedo manejarlo sin problema. Cierra los ojos por un momento, Marisa. ¿Puedes escuchar el sonido del oleaje del mar a lo lejos? Casi se pueden sentir las olas rompiendo en la orilla de la playa; es hermoso disfrutar del lenguaje de la naturaleza, que nos habla mientras nos dejamos transportar.

—Es muy hermoso, Juan. La brisa, las estrellas, escuchar el mar en la noche... Este contacto con la naturaleza es mágico... Tengo curiosidad por saber qué impresión tuviste de mí el día que me conociste.

—Tengo que reconocer que al principio me llevé una impresión tuya muy distinta a la de ahora.

—A ver, dime: ¿cuál fue esa impresión de mí? Y no me suavices la respuesta, por favor.

—El día del incidente de la moto me diste la impresión de ser una mujer prepotente y arrogante... Sobre todo arrogante, que piensa que con su auto lujoso está por encima de todo el mundo. Y el día de la entrevista solo pude ver a una mujer prepotente con un alto puesto ejecutivo en una empresa.

—¡Estás despedido, Juan! Ja, ja, ja, es broma. Me imagino que es lo que la mayoría piensa de mí en la oficina.

—No... Solo fue una opinión muy personal, nunca he escuchado un mal comentario sobre tu persona en la oficina.

—¿Y ahora qué piensas de mí?

—Que eres una mujer tan humana como cualquiera de nosotros, con un gran corazón, a la que le cuesta aceptarse tal como es y no lo que proyecta.

—He estado luchando contra eso, y no es fácil. En un mundo donde muestras debilidad, te destruyen; no hay oportunidad para equivocarse. Tengo muchos sentimientos encontrados... Pero mejor no hablemos de eso. ¿Sabes algo? A veces quisiera retroceder en el tiempo y cambiar tantas cosas... Pero jamás me voy a arrepentir de haber traído al mundo a Ana, a pesar del desastre de la relación con su padre. ¿Cambiaron tantas cosas o cambié yo? Pues no lo sé... Hay momentos en los que me siento muy segura de todo, y hay veces que no sé lo que estoy haciendo. Tengo miedo de volver a cometer los mismos errores de los que tenga que arrepentirme.

—Te entiendo, Marisa. Suele ocurrir cuando estamos al frente de la toma de decisiones muy importantes; pero eres la única que tiene el control de tu vida.

Mientras Juan le habla, Marisa lo observa como buscando respuestas entre sus palabras. Ese mágico escenario crea la atmosfera perfecta para explayarse con ese hombre al que apenas tiene unos cuantos días de conocer.

—Quiero agradecerte por tenerle paciencia a Ana; a veces es muy demandante, de verdad que lo aprecio mucho.

—Para a mí es un placer compartir con Ana. La verdad es que me encanta conversar con ella; es como una esponja que lo absorbe todo a su alrededor, y es bueno que sienta toda la energía positiva que uno pueda darle.

—Hoy he disfrutado estando contigo, Juan, siento que puedo mantener una conversación sin terminar discutiendo por tomar posturas distintas.

—Siempre y cuando no sean temas de trabajo y políticos. Ja, ja, ja, ja.

—Tú siempre tan bromista, Juan. No había reído tanto en un día... ¡Uy! ¡Otra estrella acaba de cruzar el firmamento!

—¡Vamos a pedir un deseo juntos!

—Está bien, cerremos los ojos.

—Listo.

—Creo que es hora de que volvamos a la casa, Juan; mañana tenemos que dejar este paraíso y volver a nuestra realidad —le recuerda Marisa con tristeza.

—Sobre todo... nuestra realidad.

Ambos se levantan en silencio y Juan ayuda a Marisa a incorporarse del suelo, lo cual hace que sus miradas queden conectadas por unos segundos. Durante el instante en que él la toma de la mano, Marisa siente una emoción que la hace alejarse de inmediato para evitar sentirse tentada. Al regresar a la casa, su abuela Nana los aborda:

—¿Cómo les fue en su paseo nocturno? —pregunta Nana, que está sentada en el portal.

—Fue muy relajante, Nana. Juan llevó unos cobertores muy buenos para evitar los bichitos del suelo.

—Me alegro de que disfrutaran de la noche y conversaran.

—Yo lo he disfrutado, la licenciada es una excelente compañía —reconoce también él.

—Hasta mañana, Juan —se despide Marisa con una enorme sonrisa, mientras la abuela se dispone a ponerle cerrojo a la puerta.

—Doña Nana, me gustaría poder prepararles el desayuno.

—En la despensa hay de todo lo que necesite. Si ese es su deseo, Juan, la cocina es suya.

—Espero que les guste lo que les voy a preparar mañana.

—María llega bien temprano, ella le puede ayudar por si necesita algo. Yo me tomaré un café mientras usted, mi amigo, nos prepara ese grandioso desayuno.

—Gracias, Nana.

—A usted, por darle un poco de alegría a esta casa; en especial a mi nieta y a mi bisnieta.

A la mañana siguiente, cuando se levantan Marisa y Ana observan asombradas el delicioso desayuno que está servido en la mesa: apetitosas tostadas francesas, tocino, empanaditas, huevos revueltos y una pequeña bandeja de frutas que le da un espectacular colorido a la mesa.

—¿Y esto, Nana? ¿Lo preparaste tú? —pregunta Marisa asombrada.

—En absoluto, sabes que no soy de preparar tantas cosas en el desayuno. Fue idea de Juan. Por supuesto, María lo ayudó a hacer todo este delicioso menú. ¿Verdad que se ve espectacular?

—Todo se ve muy delicioso, Nana.

—¡Mira, mami! Hay unas tortillitas en forma de estrellitas, ¿me las puedo comer? —comenta Ana muy emocionada.

—Claro que sí, hija. Siéntate mientras te sirvo.

—¿Y dónde está Juan?

—Él salió temprano con uno de los trabajadores después de preparar el desayuno para ir a reparar la cerca de la entrada, según lo que habíamos acordado con él.

—Mañana en la oficina me sentaré con Juan a arreglar cuentas para pagarle, Nana.

—Estoy segura de que rechazará que le pagues.

—¿Por qué?

—Personas como Juan son muy especiales y hacen las cosas de forma desinteresada. Para ellos es una ofensa recibir pago cuando hacen algo con mucho placer; estoy segura de que necesita mucho el dinero, pero su convicción está por encima de cualquier pago.

—Igual mañana le voy a hacer un cheque y después me reembolsas.

—Como gustes, Marisa.

En ese momento entra Juan totalmente sudado y con la ropa manchada de tierra.

—¡Disculpen! Buenos días; voy a lavarme y las acompaño.

—¡Buenos días, Juan! —exclama Ana.

—Buenos días, Juan, aquí lo esperamos —saluda también Marisa emocionada y con una leve sonrisa.

—Mami, todo esto está muy rico, Juan debería ir un día a la casa a prepararnos el desayuno.

—¡Cómo se te ocurre, Ana! Juan trabaja en la empresa, pero no es mi empleado; debe de tener otras cosas más importantes que hacer que ir a prepararnos el desayuno, como ir a la oficina y arreglar su casa.

—Está bien, mamá... Pero invítalo un día a la casa para que me cuente algunos cuentos.

—Ya veremos, Ana... Pero debes comerte todo tu desayuno.

Juan reaparece después de lavarse y cambiarse de ropa.

—Muy sorprendida contigo, Juan, no conocía tus dotes de cocinero.

—Yo también estoy muy sorprendida, Marisa. Mira que he probado de todo un poco y quedé fascinada por esas empanaditas de queso mozzarella —comenta doña Nana.

—Me siento satisfecho de que les haya gustado todo. Para mí fue un verdadero placer poder prepararles este modesto desayuno.

—¿Modesto? —pregunta Marisa mientras le señala la mesa repleta de variados platos.

—Las frutas picadas son de la región de la finca: mangos, papaya, piña y melocotones con almíbar, que por suerte Nana tenía una lata de conserva en su despensa.

—Me encantaron las frutas, y sobre todos las nueces con la miel... Simplemente deliciosas —reconoce Marisa mientras procede a probar otro bocado ante la mirada de Juan.

—Entiendo que le encantan las frutas y me tomé el atrevimiento de preparar algo que sabía que le iba a gustar.

—¿Cómo sabes que me encantan las frutas y las nueces?

—En la oficina pude percatarme un par de veces; vi pedidos de frutas y me enteré de que eran tuyas. Y en algunas ocasiones

vi paquetes de nueces en el escritorio, por eso asumí que le encantarían.

—Pero esto está más delicioso que las frutas que me llevan a la oficina...

—No es nada, licenciada.

—Mami, ¿por qué Juan te llama licenciada, y no por tu nombre?

—Es por respeto por lo que me llama así.

—Pero él es nuestro amigo, ¿verdad? Y los amigos se llaman por su nombre verdadero.

—Es muy difícil explicártelo, Ana.

—Yo se lo explico, licenciada —interviene Juan al ver la expresión de fastidio de Marisa.

—Mira, pequeña Ana, yo trabajo con su mamá; ella es mi jefa, y por un tema de costumbre es difícil llamarla por su nombre, aparte de que ya mañana vamos a volver a trabajar juntos y debemos mantener el respeto en la oficina.

—A ver si entiendo... ¿Es como cuando veo a mi maestra en el supermercado e igual le sigo diciendo maestra?

—¡Exacto! Es muy inteligente, como su madre.

Ana se ríe Ana mientras Juan le hace un guiño.

—Creo que ya es hora de alistarnos para salir de regreso a la ciudad —los interrumpe Marisa.

—Yo también me tengo que retirar. Nana, ha sido un placer conocerla, y espero volver a tener la oportunidad de verla nuevamente.

—El placer es mío, Juan. Espero verlo pronto por aquí. Ya sabe que no necesita invitación para venir a visitarme, mi amigo.

—Me despide de la señora María, y dígame que voy a averiguarle sobre las medicinas de su esposo.

—Ella está con los peones en las hortalizas, cuando vuelva le daré su mensaje, Juan.

—Pequeña Ana, ¡venga, un abracito bien *juerte*! —Juan se inclina para abrazar a la niña.

—Te voy a extrañar, Juan... —le susurra Ana al oído, mientras Marisa y Nana observan, maravilladas, la escena.

—Gracias por todo, licenciada. Y maneje con cuidado. —Juan extiende la mano para estrechar la de Marisa, que responde al gesto con cierta emoción.

—No se preocupe, Juan, Ana es mi copiloto y evita que conduzca muy rápido. Nuevamente gracias por el delicioso desayuno.

—No, las gracias se las debo yo por permitirme compartir con ustedes estos dos días en esta hermosa finca.

—Hasta mañana, Juan —se despide Marisa con cierta tristeza al verlo irse.

Mientras Juan se dirige a su moto, salen las tres a despedirse de él efusivamente. Después observan juntas cómo se va alejando y se pierde en el horizonte de la carretera.

—Ya no existen hombres como él... A pesar de estar solo, divorciado y alejado de sus hijos, siempre está de buen humor.

—Así es, abuela... Yo le tengo mucha estima.

—A mí me gustaría que Juan fuera mi papá —comenta Ana, y la abuela y Marisa se miran sorprendidas.

—Mira, hija... Juan solo trabaja conmigo en la empresa. Pronto me voy a casar con Alejandro y él va a ser mi esposo y también tu papá.

—¡A mí no me gusta Alejandro! —protesta Ana enfadada, al tiempo que sale corriendo hacia la casa.

—Solo puedo decirte algo, Marisa: tomes la decisión que tomes, no debes solo pensar en ti, también debes pensar en Ana; la felicidad tuya depende también de la de tu hija; debes buscar que Alejandro se gane el cariño de Ana, si no, tendrás un verdadero problema y todos serán muy infelices.

—Lo sé, abuelita. Tengo pensado conversar seriamente con Alejandro esta semana; es un tema que tenemos que resolver, ya que Ana no debe verse afectada por mi relación con él.

—Me informas cómo resuelves ese tema. Espero volverte a ver pronto por aquí y, si es posible, invita a Juan nuevamente a la finca. De verdad que le he tomado mucho aprecio.

—Gracias por todo, abuelita, y por ser tan comprensiva.

Ambas se funden en un fuerte abrazo que demuestra el cariño que se tienen. Marisa recibe una llamada de Alejandro antes de salir de la finca.

—Hola, cariño. ¿Ya te olvidaste de mí?

—¡En absoluto, Alejandro! Casualmente estuve conversando con mi abuela Nana sobre ti y sobre la fiesta de compromiso. Ya estamos listas, vamos saliendo en cualquier momento de vuelta a la ciudad.

—Me gustaría que cenáramos juntos esta noche, solo nosotros dos. Puedes dejar a Ana con tu madre.

—No creo que tenga ánimos, llegaré muy cansada y lo menos que quiero es arreglarme para salir. Pero, si quieres, pasa por el apartamento y conversamos.

—Mmmm... Déjame pensarlo, yo te aviso. Me saludas a tu abuela. Te comunico si decido pasar por el apartamento.

—Está bien, Alejandro. *¡Bye!*

Cuando Marisa termina la conversación, Nana intenta indagar:

—Déjame adivinar... Era Alejandro, tu novio. Lo digo porque siempre que hablas con él te pones tensa.

—Ay, Nana, ¡no seas así! Él solo me llamó para invitarme a cenar.

—¿Solamente a ti? Me imagino que tu hija no estaba dentro de esa invitación.

—Quizás quiere conversar algunos detalles de la fiesta de compromiso, y Ana se sentiría incomoda en temas de adultos.

—Por favor, Marisa... Me da tristeza que lo trates de justificar, y disculpa si te soy directa, pero ese hombre nunca ha tenido el mínimo interés por tu hija.

—Prefiero no discutir contigo, abuela. No quiero arruinar el bonito fin de semana que pasamos juntas, y tampoco quiero irme enojada contigo. Ya nos tenemos que ir.

—¡Ya estoy lista, mami!

Ana aparece en ese momento, cargando su mochila, y abraza a su abuela para despedirse.

—¡Hasta pronto, abuelita Nana! —Su abuela le da un suave beso en la mejilla.

—Gracias por todo, Nana —dice Marisa mientras la abraza con fuerza.

—Recuerda lo que te dije ayer: sigue a tu corazón si deseas ser feliz —responde Nana al tiempo que salen de la casa y las acompaña al auto.

—Ay, Nana... No insistas con eso. Cuídate, estaremos en contacto. —Marisa se despide de su abuela con un beso y otro fuerte abrazo.

Mientras Nana ve alejarse el auto de Marisa se dice a sí misma: «Espero que mi nieta corrija el rumbo de su vida y no cometa el error de casarse, solo por estatus, con alguien que no sería ni siquiera un intento de padre para su hija».